POESÍAS

POR

D.ª Amparo López del Baño y Alfaya

OBRA PÓSTUMA

CON UN PRÓLOGO DE

DON SANTIAGO LÓPEZ-MORENO



MADRID
R. VELASCO, IMP., RUBIO, 20
1892

A la Sra. D.ª María Vive de Sierra en recuerdo de la que fué su buena y cariñosa amiga A. López del Baño.

S. López Moreno

POESÍAS

POR

D.ª Amparo López del Baño y Altaya

OBRA PÓSTUMA

CON UN PRÓLOGO DE

DON SANTIAGO LÓPEZ-MORENO

MADRID
R. VELASCO, IMP., RUBIO, 20

1892





PRÓLOGO

El infinito. Hé aquí el misterioso lema que el autor de los versos que contiene este libro quiso que se estampara á la cabeza de sus páginas. Lema sublime, en verdad, pero indescifrable; anhelado amor de todas las almas soñadoras, de las cuales siempre viene á convertirse en angustioso torcedor é insaciable ansia.

La idea de lo infinito absorbe el pensamiento del filósofo, que se pierde y disipa en ella como ténue burbuja de jabón en la atmósfera.

Infinidad del tiempo, *infinitud* de la materia, *infinitud* del espacio, *infinitud* de Dios, todo es igual: idealismo puro. Tan incomprensible é indescifrable es para Buchner, para Moleschott, para Rossmassler y para cualquiera otro de nuestros sabios materialistas modernos, tan incomprensible es, decimos, la eternidad é *infinitud* de la materia, como para Santo Tomás ó Leibnitz la infinidad de Dios. No se trata de saber quién sea el infinito, sino qué sea lo infinito, lo cual rebasa los límites de nuestra pobre inteligencia al modo

que las aguas del Oceano rebasarían los bordes de una pequeña copa. Y, sin embargo, el infinito nos conmueve. Tiene esa idea inexplicable encanto é irresistible poder sobre los espíritus, de manera que seduce y atrae aun á los mismos que, por el exclusivismo de los métodos que adoptan, debieran rechazarlo.

¿Dónde ni cuándo le habrá mostrado á Hekel su microscopio el infinito? ¿Dónde ni cómo le han enseñado el infinito ni á Herschel, ni á Newton, ni á Laplace, á Lord Rosse, ni á ninguno de los modernos astrónomos, sus poderosísimos telescopios? Se habla del infinito en el microcosmo y en el macrocosmo. Es infinito el ténue corpúsculo que por el aire navega; infinito el número de animalillos microscópicos, que se entregan á los placeres de la vida en los insondables abismos de la más pequeña gota; innumerables é infinitas son las estrellas que en el espacio brillan, é infinito el tiempo de las evoluciones cosmológicas. ¿Y cómo llegan á tanta *infinitud* ni aun los más empecatados positivistas? ¿Por la observación? Pero la observación sólo nos muestra hechos, y los hechos, en cuanto tales, son finitos. ¿Cómo hemos de comprender la infinidad en el tiempo, nosotros que vivimos lo que la flor del heno, por la mañana verde, seca á la tarde, según la frase del poeta? ¿Cómo hemos de observar la *infinitud* en el espacio nosotros, cuya mano apenas alcanza á nuestra frente; nosotros, que no vemos más allá de nuestras narices, por emplear la gráfica frase de otro escritor ilustre, también poeta; nosotros, que no pasamos de la categoría de *mitas* pensadores, al decir de muchos? Precisa convenir en que el infinito se halla más en el sentimiento que en la inteligencia; por lo mismo se le ama mejor que se le conoce.

4

Y hé aquí también por qué esa idea, ese maravilloso sentimiento que perturba la mente de tantos hombres, enamora por tan rendido modo el corazón de muchas mujeres. No busquéis la causa de que éstas sean mucho más religiosas que los hombres en su debilidad; es un absurdo. Se las llama fanáticas, supersticiosas, cuando debiera llamárselas amantes. El amor es la verdadera causa de ese fenómeno. Aman más, y por lo mismo son más religiosas; porque la religión, sea cualquiera la forma que revista, siempre es amor. Mientras el hombre se pierde con frecuencia en las relaciones materiales de la vida, completamente olvidado de todo lo que no sea el negocio y el placer, pocas veces las mujeres, aun en el fango de la más vergonzosa prostitución, dejan de mirar al cielo, como si buscaran en los indescifrables pliegues de lo misterioso y de lo divino el consuelo y la felicidad, el amor que aquí no encuentran. La mayor parte de los pueblos antiguos hicieron de la mujer una esclava; el cristianismo, que según muchos vino á redimirla, no le fué más favorable. Cierto que levantó á María á la inefable dignidad de madre de Dios; pero cierto también que la mujer en general siguió siendo la eterna Eva, generadora del pecado, y por ende y á la par, de cuantos males y desgracias á la infeliz humanidad afligen. ¡Concepción sublime la una, bárbara y pesimista la otra! Y esta última fué precisamente la que sirvió de norma.

Para nada se tuvo en cuenta que la mujer había redimido, quebrantando la cabeza de la serpiente. Fué, al revés, la eterna seducida y seductora, la miserable Eva de todos los tiempos.

Los padres de la Iglesia se hallaban poseídos contra ella de una especie de furor demoniaco. San Agustín dice que «silban áspides venenosos

en su aliento, y que despide el olor pestilente de la concupiscencia.» Sostiene que «ni puede enseñar, ni ser testigo, ni dar fe, ni juzgar, cuanto menos mandar.» San Ambrosio la llamaba «puerta del diablo, vía de iniquidad, herida de escorpión y engendro de todo mal. *(Janua diaboli, via iniquitatis, scorpionis percussio, nocivumque genus est fœmina.)*» San Jerónimo, para demostrar cómo debe huirse el peligro de las mujeres, cita el caso de Juan Bautista, de quien dice que «teniendo una madre santa y siendo hijo de un Pontífice, sin embargo, ni á los mandatos del padre, ni á ruegos de la madre quiso permanecer en casa de sus padres con peligro de su castidad.» «¿Qué otra cosa es la mujer, preguntaba el Crisóstomo, sino enemiga de la amistad, pena ineludible, mal necesario, tentación natural, calamidad deseable, peligro doméstico, detrimento deleetable, naturaleza del mal con una bella apariencia? *(¿Quid aliud est mulier, nisi amicitiæ inimica, ineffugabilis pœna, necessarium malum, naturalis tentatio, desiderabilis calamitas, domesticum periculum, delectabile detrimentum, mali natura boni colore depicta?)*» Hugo de San Victor, citando á Herodoto, repetía que «la mujer depone, como el vestido, la vergüenza y que se olvida de lo que hace desnuda como si no lo hubiera hecho, negando con sus palabras aun las cosas más patentes, y con lágrimas, cuando no puede con la palabra.»

¿Qué resultado podía esperar la mujer de semejantes enseñanzas? A pesar de todos los esfuerzos caballerescos de la edad media, y á pesar de las teorías y predicaciones de la edad moderna, aún continúa y continuará, por Dios sabe el tiempo, en una verdadera condición de inferioridad respecto del hombre, así en el orden civil, como en el orden político, en el religioso y científico al

igual que en el literario, y lo que aún es más grave, en el orden mismo de la familia. Y, no obstante, la mujer no sólo debe considerarse como igual, sino que realmente es superior al hombre, porque ama más. El amor es la ley capital de la vida, no la inteligencia. Dios es el más grande y poderoso de todos los seres, porque es el que más ama; es el sér por excelencia, porque es el amor absoluto, la suma bondad.

La filosofía escolástica, con Santo Tomás á la cabeza, enseñó que el entendimiento es facultad más noble y perfecta que la voluntad, y, por ende, creían que en el disfrute de la gloria es la intuición de la esencia divina el acto esencial y principalísimo; pero, en cambio, los escotistas, siguiendo las doctrinas del *Doctor Sutil*, enseñaban harto más razonablemente, que el acto esencial de la bienaventuranza es el amor. Sí, el amor es lo más noble, lo más santo, lo más divino que en la vida existe. Sin amor no se concibe la vida. Dios no hubiera creado, si no hubiese amado. La esencia infinita no podría desenvolverse ni conservarse, sin esa ley suprema. La inteligencia conoce; la voluntad, mediante el amor, crea. La misma ciencia y la verdad sólo aparecen apetecibles á nuestros ojos en cuanto se las ama.

Pues bien, siendo la mujer, sin duda alguna, entre los séres que nosotros conocemos, el que más ama y con más intenso amor, ¿podrá negarse racionalmente que sea por lo mismo el más perfecto?

La mujer ama mucho más que el hombre á sus padres; ama inmensamente más á sus hijos, á sus hermanos. En la relación sexual, mientras el hombre muchas veces no compromete más que la materia, ella pone además casi siempre el alma. El hombre no ama con frecuencia sino sus vicios.

La mujer, cuando no tiene marido, ni hijos, ni padres, ni hermanos á quienes amar, ama á todos los séres, desde los minerales á los astros, desde la flor á la humanidad. Es entonces cuando toma su amor ese tinte vago y misterioso de lo infinito, tanto más sublime, cuanto en la presente vida ménos realizable, más vivo y más intenso en la medida misma de las mayores dificultades que halla y de los obstáculos que á su satisfacción se oponen.

Ese fué el amor de Santa Teresa. Ese fué el amor de doña Amparo López del Baño. El amor de Dios, el amor de lo Infinito, bien que cada una de ellas lo encarnase en diferente forma.

Por eso, como la incomparable santa comenzaba con el lema *Jesús* todos sus obras, así nuestra poetisa quiso que se encabezasen con la palabra *el Infinito* las suyas, símbolos ambos del amor que devoraba sus almas. La una concretó ese amor en el Hombre-Dios, que en cuanto tal, encerraba en sí toda la esencia. La otra lo extendió á la creación entera, á todo cuanto existe, creyendo que la esencia infinita no cabe circunscribirla ni limitarla, bien que en todo sér aparezca, se manifieste y revele. Y así como la vida de Santa Teresa se resume en estas breves palabras *amor de Jesús*, escribiendo para cantarlo y obrando para merecerlo, así la vida toda de Amparo López del Baño se resume en estas otras *amor del infinito*, escribiendo siempre para celebrarlo y ajustando sus obras á tan sublime pasión.

Su biografía es bien corta, aunque su vida fué muy larga, habiendo alcanzado provecta edad. Nació en la patria de Becker. Dedicóse desde sus primeros años con incansable ardor al estudio. Conocía el latín. Hablaba y escribía el inglés, el alemán, el italiano y el francés. Era peritísima en

historia, en filosofía, en astronomía y en ciencias morales. Trabajó mucho y no publicó nada, á pesar de las instancias que le hicieron los hombres más eminentes de su tiempo, con los cuales tuvo trato y de los que fué admirada, desde Martínez de la Rosa, Quintana y Ayala hasta Zorrilla y Alarcón. También muchos sabios y poetas extranjeros se honraron con su amistad y la admiraron. Concluída su educación, y para completarla, viajó por casi todos los paises de Europa, volviendo por fin á España, donde prefirió la vida retirada y modesta de la mujer honrada á los aplausos y á la gloria de la literata, que sin duda hubiera obtenido, sobrándole, como le sobraba, talento, y no faltándole medios de fortuna. No hubo dolor para el cual no tuviese una palabra de consuelo, ni desgracia que no aliviase, ni pesar ajeno que no la enterneciese, ni pobre á quien no remediara, ni sacrificio, en fin, que por el bien de la humanidad le pareciese costoso. Esta fué su vida.

En cuanto á sus escritos, perfectamente la reflejan. Las poesías que hoy ven la luz pública por vez primera, bien merecen figurar al lado de las de nuestros más ilustres poetas. Quizá le aventajen muchos en la pulcritud y en el peinado de la frase; pocos, en cambio, le igualarán en grandeza de pensamiento, en pureza de intenciones, ni aun en la delicadeza de los sentimientos y en la valentía para expresarlos.

Unas veces, preocupada siempre con la idea del amor, temiendo, quizá, ser tachada de egoísta por no amar á ningún hombre, revistiendo su amor de formas humanas, se pregunta:

¿Que si he amado, decís?

y después de enumerar en la corta, pero bellísi-

ma composición *¡Ay, de mí!* los indicios que revelan su amor, exclama:

¿No están diciendo á voces que es mi vida
un gemido de amor continúado?

Otras, como si echara de menos en el mundo ese amor, como si no la satisficiese el amor de lo infinito, y buscase algo más real y tangible para encarnarlo, prorrumpe en este bellísimo terceto, que más bello, acaso, no se haya escrito en lengua castellana:

Un alma, sólo un alma, es lo que quiere,
para hacer nido en ella, el alma mía,
que, solitaria, desfallece y muere.

Difícilmente puede pintarse con más sencillez, con más verdad, con más vivos colores lo que hace falta á una mujer amante, que no ha realizado nunca su amor en este mundo: ¡un alma! Pero como por aquí no andan las almas sin la envoltura corporal, quien pedía un alma pedía también un cuerpo, y, como es sabido que en el amor no impera la ley de los semejantes, siendo cosa notoria que la oposición de los contrarios produce la harmonía, bien se refleja en tan sentido lamento el vacío insustituible del amor humano que en su alma sentía. Y es que la mujer, siempre, por más que embriague su alma con el impalpable amor de lo espiritual, como Santa Teresa, será siempre la eterna Eloisa: que no así, tan fácilmente, remonta el espíritu sobre las inclinaciones de la carne, ni es tan mollar y hacedero levantarse sobre las leyes de la naturaleza como para corregirla y perfeccionarla.

Así es que por mucho que el amor divino satisfaga; por más que el amor de lo infinito ocupe todo un espíritu, siempre se experimentan tristezas y desfallecimientos. Jesús hablaría á Santa

Teresa; pero no le hablaba como le hubiera hablado su amante; así como la estatua de Apolo no hablaría á la hija de Theon, la angelical Hipatia, como hubiera podido hablarle Filemón ó Rafael Abenzezra. Por eso, Eloisa, aun en los más fervorosos momentos de oración, ya en el convento, echaba de menos á su Abelardo. Y es que hasta el amor de lo infinito parece como que se agranda, haciéndose tangible cuando se encarna en el suspiro de un pecho, en el beso de una boca, en la mirada de unos ojos, en el dulce contacto de una mano amiga, en la entrañable palabra de consuelo de quien con nosotros sufre y con nosotros goza. Por eso Amparo López del Baño, en medio de ese amor ferviente que sentía, encontrábase sola, y se quejaba en estos sentidos versos:

Nadie llora cuando lloro,
ni ríe cuando yo río;
ni hay pecho que, amante, lata
á la par que late el mío.

Ese mismo amor místico hacia lo infinito, que devoraba su alma, daba á sus creencias, en más de una ocasión, cierto sabor panteista, que ni se parece al panteismo emanatista de la India ni á los panteismos idealistas de las modernas escuelas racionalistas de Kant, Fichte, Scheling, Hegel, Krausse y demás corifeos de la filosofía alemana.

Que todo está en todo, y es
al par diverso y lo mismo....
....
que todo es santo y bendito,
progresivo y creador,
que todo es vida y amor,
y que todo es infinito
y eterno, como su autor.

—

Yo soy de todos los pueblos;
yo soy de todos los climas...

. . . .

Sin cambiar jamás de esencia,
todo en mí cambia, se abisma,
nace, muere, reaparece,
se empaña y se agranda y brilla.
Pues todo dá y todo toma
en emanación continua.

Este mismo pensamiento, diversamente expresado, campea en otras muchas composiciones.

En cuanto á su ideal en esta vida no podía ser más grande.

A la convicción profunda
que toda mi alma llena,
de que el bien es el objeto
y el fin de nuestra existencia,
que el mal es sólo una sombra
temporal y pasajera.

Así escribe en la poesía titulada *¡Optimismo!*

Llenar de bellas obras la existencia,
inventar, producir
en la industria, en el arte ó en la ciencia,
y poder al lejano porvenir,
aumentada, dejarle rica herencia
que nos legó el pasado, ¡eso es vivir!

Difícilmente, por cierto, podría expresarse en menos palabras y en forma que fuese más bella, el ideal perfecto de la presente vida.

Interminable haríamos este prólogo si hubiéramos de notar las bellezas todas de los versos de Doña Amparo López del Baño, la energía y sublimidad de sus pensamientos, unas veces como cuando exclama:

Bien haya el que sucumbe defendiendo
la razón, la justicia y la verdad...

ó cuando maldice de la guerra; la dulzura y harmonía otras, como, cuando en la composición *¡Venid!* escribe:

Sueños confusos que á la mente mía,
recordándome duelo y alegría,
en tropel acudís,
trayendo en vuestras alas vagarosas
perfumes de las auras y las rosas
de los mundos de amor de que venís.

En las poesías en que describe escenas del campo, como en la titulada *Vista Hermosa*, no desmerece en nada de Meléndez.

En una palabra, que las líneas cortas de Doña Amparo López del Baño merecen el nombre de versos, y que de ellos puede muy bien decirse lo que Alexandro Manzzoni de su célebre oda *Il 5 Maggio*, «che forse non morrá.»

Que vivirán tal vez.

Santiago López-Moreno.

POESÍAS

EL INFINITO *es á la mente humana, como el mar*
á la capacidad de una pequeña copa de agua



VENECIA

¡Qué hermosas son las noches de Venecia!
¡Qué bella está, aunque pálida, tendida
sobre la blanca espuma de los mares,
en blando lecho de laurel y flores
por las olas mecida,
escuchando dulcísimos cantares
y entre los brazos del amor dormida!
¡Qué hermosa está!—Venecia es mi querida;
en ella mis amores
desde niño cifré. Mi único sueño,
mi vivo afán y mi constante empeño
era verla, admirarla,
con mi voz y mi canto enamorarla;
consolar su dolor, secar su llanto
y trocando el laud por el acero,
con firme brazo y corazón entero
romper sus ligaduras y vengarla.
Héme aquí ya, ciudad idolatrada,
reclinado en tu seno generoso,
contemplando tu faz medio velada

por el negro crespón de duelo y luto,
que apaga el resplandor de tu mirada;
respirando en tu aliento
de la flor de mi ardiente sentimiento
la primera fragancia,
y bebiendo en tu labio perfumado
el inocente beso apasionado
de los castos amores de mi infancia.
   Ya miro tus canales
de linfas transparentes,
de tus aéreos puentes
los arcos ojivales;
tus palacios Ducales,
que tu historia y su historia juntamente
llevan escrita en su altanera frente.

. . . .

. . . .

Y ahora tu esplendor no me contenta,
ni llena mi deseo:
que todo pobre, miserable y feo
halla el alma ambiciosa y turbulenta
cuyo anhelo profundo,
al recorrer el mundo,
en lugar de calmarse se acrecienta.

EL CABALLO DE MAHOMET

No siento que el nazareno,
humillando mi altivez,
en oprobio haya trocado
mi corona de laurel;
no siento que mis guerreros
pasto á sus buitres le den,
y tendidos en sus campos
sirvan de abono á su miés;
no siento el haber perdido
el renombre que gané;
mis tesoros, mis laureles,
mis estados y mi harém,
y el amor de Zelindaja,
que Sultana hice de Fez;
no siento llevar cadenas
en las manos y en los piés;
no siento ni el ser esclavo,
ni que tormento me den,
ni servir de escarnio y mofa
á las turbas de Israel;

lo que siento es mi caballo,
á quien nunca abandoné,
y que muerto en la batalla
á mi lado ví caer.
Por verlo de nuevo dócil
venir mi mano á lamer,
y á mi voz con su relincho
desde lejos responder;
por trenzar sus largas crines
con recamado cairel
y por volver á montarlo
y á rienda suelta correr
por las playas africanas
sobre su lomo otra vez,
diera mi estado y mi tropa,
si la volviera á tener,
mis esclavos, mis mujeres,
mis riquezas y mi fe,
mis hijos, si los tuviera,
y hasta la vida también.

SOMBRAS DE LA VIDA

¡Oh! ¡qué hermosa está la noche!
¡cómo brillan las estrellas!
¡qué perfumes tan suaves
exhalan flores y yerbas!
¡Cómo murmuran las olas!
¡cuál susurra la arboleda!......
Si hubiera paz en el mundo
¡qué buena la vida fuera!
¡Qué buena fuera la vida,
qué feliz fuera la tierra,
si hubiera paz y justicia,
y amor fraternal en ella!
¡Si el sabio, el fuerte y el rico,
su saber, fuerza y riqueza,
con aquel que es ignorante,
pobre y débil, compartieran!
¡Si los hombres y mujeres,
en vez de amar como bestias,
se amaran, como amar deben
los que al par que sienten, piensan!

¡Si en la virtud, no en el oro,
se cifrara la grandeza;
y sólo lauros y palmas
al que es bueno se ciñeran!
¡Si al par los seres humanos,
cada cual á su manera,
al trabajar por su dicha,
trabajaran por la ajena!
¡Si adunando sus esfuerzos,
todos en todas esferas,
buscaran el adelanto,
la perfección, la belleza,
La variedad, la harmonía,
y la gracia que en sí encierra
cuanto se produce y vive
en la gran naturaleza!
¡Si la holganza, el egoismo,
la envidia torpe y rastrera,
la adulación vil y baja,
la ambición y la soberbia,
Como crímenes nefandos,
ó contagiosas dolencias,
se curasen, ó penasen,
con medicinas enérgicas!
Y con severo castigo,
que enseñara y corrigiera,
y que torrentes de luz,
derramase en las conciencias!

¡Qué buena fuera la vida,
qué feliz la vida fuera,
si el error y la ignorancia,
de sombras no la cubrieran!
¡Si por reina y soberana,
por señora, y por maestra,
á la verdad colocaran
en el trono de la tierra!

VIRTUD DE AMOR

Paréceme, que solos en la tierra
existimos tu y yo;
que el cielo, el Universo está vacío,
y lo llena y lo colma nuestro amor.

Donde quiera que miro, un Oceano
de luz y de pasión
ven mis ojos, y á tí sobre sus olas
dominándolo todo, como un Dios.

Y no me engaño, no: que los que aman
como amamos los dos,
son el trasunto fiel, la viva imagen,
del mismo Creador.

ADA

En la margen de un arroyo
sonoro, límpido y terso,
que entre flores se desliza
lánguido, amoroso y lento,
bajo el frondoso ramaje
de los álamos y abetos,
que en sus cristalinas ondas
bañan sus copas sedientos,
y con su sombra protegen
su verde, mullido lecho,
coronado de tomillos,
clemátidas y romeros,
musgo y acuáticas plantas,
que nacidas en su centro,
náyades de sus cristales,
entre sus linfas durmiendo,
en su tersa superficie
dejan flotar sus cabellos.
Al pie de un sauce, inclinada
la cabeza sobre el pecho,

Ada, la de altivo rostro,
la de corazón de hielo,
inmóvil pasa las horas,
sin que un leve movimiento
revele, ni una mirada,
ni una lágrima, ni un eco,
si meditando las pasa,
ó si las pasa sufriendo;
no aparta de su semblante
sus largos, suaves cabellos,
que sobre el blanco vestido
flotan rizados y negros.
No evita el rayo del sol,
que penetrando el espeso
ramaje, que la proteje,
derrama vívido, intenso,
sobre su hermosa cabeza
abrasadores reflejos.
No ahuyenta el reptil temible
de esmaltada piel, que lento
y perezoso se arrastra
confiado y sin recelos
sobre la ondulosa falda
de su traje extraño y bello.
No escucha de los pastores
el canto sencillo y tierno.
No oye las trompas de caza,
ni el grito de los monteros,

ni los sordos arcabuces
que retumban á lo lejos,
ni las balas, que silbando
cruzan por el bosque espeso,
y cerca de ella se clavan
en los álamos y fresnos.
Nada su atención distrae;
nada cambia el pensamiento,
que anubla su hermosa frente,
y agita su ardiente seno,
y amarga é infernal dibuja
en sus labios entreabiertos
una sonrisa tan triste,
de tan hondo desconsuelo,
tan terrible y tan impía,
de sarcasmo tan horrendo,
cual la del ángel rebelde
que osó ambicionar el cielo,
cuando cayó despeñado,
herido del rayo eterno,
vencido, rota la frente,
pero audaz siempre y soberbio,
desde el trono de la altura
á los antros del Averno.
....
....
Y allí pasa hora tras hora,
sin que un leve movimiento

revele ni una mirada,
ni una lágrima, ni un eco,
si meditando las pasa,
ó si las pasa sufriendo.
. . . .
. . . .
Hasta que lenta campana
de grave y sonoro acento,
sus melancólicas notas
hace vibrar á lo lejos.
Entonces se alza: sus ojos
altivos levanta al cielo;
clava en el sol su mirada,
y aunque su globo de fuego
derrame en la azul esfera
sus centellantes destellos,
sin deslumbrarse los baja
más altivos y más fieros.
Su rizada cabellera
estremece con violento
ademán; de un salto monta
sin brida, silla, ni freno,
sobre un árabe caballo,
brioso, de erguido cuello,
ardiente como sus ojos,
cual su cabellera negro,
que sobre la fresca yerba,
inmóvil como su dueño,

inteligente seguía
sus más leves movimientos;
y con violenta carrera,
cual las sílfides y genios
de poder maravilloso
que nos describen tan bellos
las leyendas alemanas
y los orientales cuentos,
por entre el espeso bosque
de altos álamos y cedros
desaparece, se pierde
veloz como el pensamiento.

EL TRABAJO

Aunque el cielo de la tierra
nos parece harto lejano,
los unen los escalones
del amor y del trabajo:
Que en alas de la esperanza
y en vuelo raudo y veloz,
aquel que trabaja y ama
asciende pronto hacia Dios.

EL MAYO

Así te llaman,
ramo florido,
gala del valle,
gracioso espino,
que entre el follaje
verde y sombrío,
de blancas perlas
todo vestido,
gallardo ostentas
rico atavío;
largas guirnaldas,
perfumes tibios,
que al par envidian
con ceño altivo
blancos, violados
y azules lirios,
los tulipanes
y los jacintos,
los pequeñuelos
rubios narcisos

y cuantas flores
tiernos suspiros
lanzan al aire
del prado al río.
—«Gala del valle,
gracioso espino,
por tus amores
todo lo olvido»—
dicen cantando
los pajarillos,
dicen volando
con leves giros
las mariposas,
y, sin sentirlo,
con ardoroso
tierno gemido,
te lo repiten
los cefirillos,
los arroyuelos
y el rayo vivo
del sol, y el fresco
puro rocío
con sus fulgores
castos y limpios,
luna y estrellas
y el canto mío,
que más sonoro
vibra en mi oído,

soñando amores,
cuando te miro,
cuando á mi frente
tus ramos ciño,
cuando mis labios
sobre tí imprimo,
cuando en suave,
tierno delirio
tu fresco aliento,
tu aroma libo,
y al par tus besos
bebo y respiro.
Gala del valle,
ramo florido,
que de los tiernos
amantes finos
y de las bellas
eres, y has sido,
el mensajero
discreto y lindo
con que se piden
y dan cariño,
ora en la reja
galán prendido
con rojas cintas
y lazos ricos
diciendo «amadme»
tierno y rendido;

ora enlazando
trenzas ó rizos
diciendo «Te amo»
con tus suspiros....
Guárdete el cielo,
por puro y lindo
y enamorado
y agradecido,
de los embates
del viento frío.

ILUSIONES

Me parece que toco con la frente
al firmamento azul;
y que navego en el ethéreo espacio
entre olas de luz.
Que crezco, y me dilato; y que en la tierra
casi no quepo ya:
Pues se difunde el alma cuando sueña;
y sentir es soñar.

FILOSOFÍA

Pues que lo mismo se muere
el que sabe que el que ignora,
el que ríe que el que llora,
riámonos sin cesar
de todo, y á toda hora.
Trá-rá-rá-rá.

Apurarse ¡qué locura!
¿No véis que todo es lo mismo;
todo embrollo y embolismo,
y duda y oscuridad?
¡Viva el cómodo egoismo!
Trá-rá-rá-rá.

¿En qué ley, en qué principio,
en qué virtud, en qué ciencia,
no halla el hombre inconsecuencia,
y miseria y vanidad,
sin excluir su conciencia?
Trá-rá-rá-rá.

¿Qué es lo bueno? ¿Qué es lo malo?
¿Cuando se yerra ó se acierta?
La humana razón es tuerta
y no lo puede alcanzar...
ni dormida ni despierta.
Trá-rá-rá-rá.

En cuanto al instinto, es ciego
y no vé ni verá gota;
cual la inteligencia, rota
la cuerda de la verdad
tiene el pobre... y no dá nota.
Trá-rá-rá-rá.

El corazón es un pillo,
y el sentimiento un gran tuno,
loco, voluble, importuno,
y antojadizo además.
De los dos, no fío en ninguno.
Trá-rá-rá-rá.

Por más que busco, no hallo
algo que mancha no tenga,
que me fije, me entretenga
y contente mi ansiedad...
Con que... venga lo que venga.
Trá-rá-rá-rá.

Doquiera mentira y dolo...
La víbora, entre las flores:
El hastío, en los amores:
En la gloria, soledad;
y en todo y siempre... dolores.
Trá-rá-rá-rá.

Tras la triste primavera
viene el aterrido invierno.
Nada hay estable ni eterno,
más que el olvido y el mal.
¿Será este mundo el infierno?
Trá-rá-rá-rá.

¡El infierno! ¡Qué locura!
Pues ¿no lucen las estrellas?
¿No hay en él mujeres bellas
que besos de amor nos dán?...
¿Vino añejo en las botellas?...
Trá-rá-rá-rá.

El mundo es bello, muy bello,
bueno, muy bueno, lo digo
y sin duda que conmigo
otros muchos lo dirán...
Aunque lo niegue el mendigo.
Trá-rá-rá-rá.

A quien le duela que grite:
al que se muera lo entierren;
al demente que lo encierren...
Y adelante y á gozar
hasta que el ojo nos cierren.
Trá-rá-rá-rá.

Que lo mejor que hay que hacer
en el mar de confusiones
en que nada entre aflicciones
y á oscuras la humanidad,
es vivir sin aprensiones.
Trá-rá-rá-rá.

Y además, vivir contento
con todo, y sereno, y fuerte,
hasta que llegue la muerte;
recibirla sin temblar,
ni maldecir de la suerte.
Trá-rá-rá-rá.

Pues que lo mismo se muere
el que sabe que el que ignora,
el que ríe, que el que llora,
riámonos sin cesar
de todo, y á toda hora...
Trá-rá-rá-rá.

RÉCIPE

Me preguntáis la forma y la manera
de vencer el dolor, clara, precisa...
yo os daré la receta verdadera
y en fórmula, por cierto, bien concisa.

Para que el gozo inunde vuestro pecho,
y nunca os abandone la alegría,
y de la vida en el sendero estrecho
luz del cielo llevéis por norte y guía,

Amad, aunque no os amen: al que ignora,
al que sufre tended la amiga mano:
compadeced á todo aquél que llora,
fuese verdugo, víctima, ó tirano.

Y haced bien, mucho bien, aunque os lo veden
los sectarios del negro escepticismo:
que ni el mal ni el dolor existir pueden,
allí donde no exista el egoismo.

CLEOBULINA

Célebre en la Grecia un día,
brilló en su frente radiosa
de la cantora de Lesbos
la deslumbrante corona:
mas ¡ay! el laurel, que abrasa
cuanto con sus ramas toca,
no perdonó ni aun la suya,
con ser tan joven y hermosa.
Ante el destino inflexible,
sin fuerzas también doblóla
al grave peso rendida
de su infortunio y su gloria.
¡Ay de la que osada intente,
soñando esperanzas locas,
con su planta delicada
hollar la senda escabrosa,
que brinda á la vista flores
y abrojos tan sólo brota,
con las lágrimas regada
de todas las que en mal hora

sus piés en ella imprimieron,
y entre tormentos, que agotan
el sufrimiento, espiraron
abandonadas y solas,
maldiciendo en su agonía
esas palmas irrisorias,
que en cambio de la ventura
les brinda el mundo por mofa!
Miradla, pálido el rostro,
abatida y melancólica,
por las largas alamedas
cruza como errante sombra,
envuelta en su negro velo,
á la luz vaga y dudosa
del crepúsculo, ó al tibio
fulgor de la blanca aurora.
Ya no eleva dulces himnos,
ni cantos de guerra entona,
ni elocuente en la tribuna,
cual antes, al pueblo asombra.
Sentada entre los laureles
que coronan el Eurotas,
lanzando tristes lamentos
al murmullo de sus ondas,
ó deshojando las flores
que su tersa frente adornan,
al pié de apartada tumba
inmóvil pasa las horas.

Y si en sus débiles manos
á su despecho colocan
la que fué templada lira,
hora disonante y ronca;
si, ahogando el mortal gemido
del dolor, que la sofoca,
y haciendo un supremo esfuerzo,
pulsa sus cuerdas sonoras,
tan sólo de ellas arranca,
entre vibraciones sordas,
ayes tan tristes y amargos,
tan melancólicas notas,
que hielan siempre en los labios
la risa y el llanto agolpan
á los ojos de la inquieta,
juvenil y alegre tropa,
que en torno de ella se agrupa,
y, pálida y silenciosa
se dispersa, al escuchar
sus graves, lúgubres trovas.

. . . .

Por última vez la vieron
sobre las informes rocas,
que gigantescas dominan
las alturas de Colona.
La blanca luna ceñía
con su pálida aureola

su frente arrogante y bella,
aunque contraída y torva.
Flotaba desordenado
su cabello, y de su boca
los sonidos harmoniosos,
cual ecos de un arpa eólia,
se perdían, confundidos
en la bóveda espaciosa,
entre el zumbido del viento
y el rebramar de las olas.
¡Desventurada mujer!
¡Pobre mártir de la gloria!
Mientras vivió, la creyeron,
aun al admiradla, loca.
Después su nombre acataron;
pasó aquel tiempo, y ahora
nadie recuerda sus cantos;
todos ignoran su historia,
menos los hermosos genios
de aquellas playas remotas,
que del turbulento mar
dejando las grutas hondas,
su último canto repiten
en la noche silenciosa,
al pié del peñasco enhiesto,
do vagaba errante y sola.

. . . .

¡Sueños de amor y poesía!
¡Ilusiones seductoras
de mis años infantiles!
Dulces y vagas memorias,
¡de un mundo, que no ha existido
más que aquí en mi mente loca!
Venid... vencida, espirante,
vuestra víctima os implora.
Rodead su aislada tumba,
bajo las brillantes formas
de belleza y de harmonía,
de luz, de ventura y gloria,
con que en torno de su cuna
os vió risueña y dichosa
al despertar á la vida,
que hoy ya rendida abandona.
Con vuestras mágicas galas
encubrid la aterradora
verdad, que horrible y severa
en mis tormentos se goza.
Venid, venid, yo os imploro,
no me abandonéis ahora...
....
....
Sostenedme en vuestros brazos,
sembrad mi lecho de rosas;
borrad todos mis recuerdos...
haced que las dichas todas

á la luz de la esperanza,
halaguen mi última hora.
Arrancad el dardo agudo,
que mi corazón destroza...
Y en el seno de la muerte,
donde eterna la paz mora,
¡ay! reclinad mi cabeza,
que la desventura àgobia.

....

....

Ya que me matáis, al menos,
ilusiones seductoras,
rodead mi aislada tumba,
¡vuestra víctima os invoca!...

....

....

Venid... venid... sostenedme,
no me abandonéis ahora...

SATÁN

En una árida llanura
en que jamás brotan flores,
ni hay árbol que preste sombra,
ni arroyos límpidos corren,
al resplandor del relámpago,
que á intervalos brilla y rompe
la obscura y densa tiniebla
de la eterna y triste noche,
que en su fúnebre crespón
envuelve el llano y el monte,
sobre la abrasada arena,
reclinada, muda, inmoble,
informe, extraña, figura,
exclama así, en roncas voces,
queriendo cubrir su pecho,
que horrendo cancer corroe,
y acariciando las sierpes
que en su cabello se esconden:

. . . .

—Enjúguese el llanto amargo,
que por mis mejillas corre;
brille procaz alegría
en mi frente, aún tersa y joven,
y en mis contraídos labios
á lucir la rosa torne...

. . . .

Sufro, es verdad; mis tormentos
ignotos, sin fin ni nombre,
son tan horribles, que exceden
á cuanto la mente forje,
y ni aun concebirlos puede
el infierno en sus furores.

. . . .

Mas en cambio, á mi albedrío
oprimo y humillo al hombre
y torturo su existencia,
atizando sus pasiones,
y le persigo en el sueño,
y le excito en sus furores,
para que en brazos del crimen
desesperado se arroje,
y me burlo del poder
de la justicia y del hombre,
y hasta la muerte me tiembla
y mi imperio reconoce.

. . . .

Mas ¿qué voz es la que escucho
entre los sordos rumores
del viento vibrante y puro
resonar de monte en monte?
—*Miente*, dice; *miente*, el eco,
burlando de mí, responde.

....

¿Quién mi poder desafía?
¿quién no teme mis rencores?

....

—*Yo: la Inocencia*, á quien nunca
pudiste herir, ni conoces.

....

La que incólume y sin mancha,
coronada de albas flores
y cubierta con la egida,
del que impulso da á los orbes,
te escucha, como el bramido
del mar, que á lo lejos oye;
te mira y de tí se apiada,
y al penetrar los dolores
que marcan tu obscura frente,
que ora entre el polvo se esconde,
con las imborrables huellas
del mal y de las pasiones,
con el tremendo anatema

que al réprobo corresponde;
al escuchar los lamentos,
que entre martirios atroces
te arranca el remordimiento,
que tus entrañas corroe;
al comtemplar la amargura,
la soledad en que corre
para tí el tiempo, el pavor
que entre duros eslabones
te·oprime, estrecha y tortura
en sus círculos de bronce;
las lágrimas que derramas,
sin que consolarte logren;
la venganza que tu orgullo
adula insidiosa y torpe,
tus desesperados días,
tu eterna y horrible noche,
dobla la rodilla y ruega
al cielo que te perdone.

....

Sordo rugido de ira
vibró, atronando los montes;
tendió su sangrienta garra
la infernal figura; alzóse,
sacudiendo las serpientes
que en sus cabellos se esconden.

....

Pura luz rauda ilumina
la obscura tiniebla entonces,
circundando á la Inocencia
con sus vivos resplandores,
y sobre un trono de nubes,
coronado de albas flores,
entre cánticos suaves
en los espacios perdióse.

DESEOS

No: yo no quiero ni aun tocar su mano:
¡su mano! ¿para qué?
lo que yo quiero es penetrar su alma
una vez, y otra vez:

Que me cerque, me envuelva, y acaricie;
y que juntas, volar
puedan por los espacios infinitos,
sin volverse ya nunca á separar!

ONDÍN

No es tan bello el azul del puro cielo
como el azul de sus rasgados ojos,
ni el eco de la brisa tan suave
como el acento de sus labios rojos.

Baja en ondas su rubia cabellera;
rízase en torno de su blanco cuello,
y en su radiosa y despejada frente
brilla del genio el deslumbrante sello.

Luce el suave matiz de la alborada
en su mejilla transparante y pura:
su andar es lento; sus miradas graves,
pero llenas de gracia y de ternura.

Apoyado en su arpa, coronado
de frescas flores, contemplando el cielo,
parece un ángel que, al cruzar la esfera,
por un momento suspendió su vuelo.

Busca la soledad; de los festines
huye; el amor desdeña de las bellas,
y á arrodillarse va en la selva umbría
ante las blancas, pálidas estrellas.

Contemplando la luna se adormece,
al murmullo del agua transparente,
sobre el césped, que borda el arroyuelo,
ó en la orilla espumosa del torrente.

Al descoger la aurora su albo velo,
al par del aura fresca y perfumada,
que juega con sus húmedos cabellos,
y vaga en la floresta enamorada,

Al par de las corrientes bullidoras
de las pintadas flores y las aves,
que ostentan sus más cándidos colores
y modulan sus trinos más suaves,

Su voz sonora y varonil dilata,
palpitando de amor y de alegría,
y saluda la luz con dulces himnos
llenos de inspiración y de harmonía.

Cuando en su blando lecho el sol esconde
la roja frente y su encendido manto,
y la dudosa luz, que reverbera,
á todo presta seducción y encanto,

Sus lánguidas miradas amorosas
se pierden en las nubes sonrosadas,
adivinando goces y emociones
indescriptibles, vagas é ignoradas...

—

Entre ilusiones bellas adormido,
feliz su vida se desliza, y pura
cual las ondas tranquilas del arroyo,
ignorado y oculto en la espesura;

Trovador de los bosques y los valles,
canta sólo la paz y los amores,
los colores del cielo, y la hermosura
de los risueños campos y las flores.

No ha amado aún: la imagen de sus sueños
es tan bella, tan pura y seductora,
y con tanto entusiasmo la venera...
que ninguna belleza le enamora.

—

—¿Qué tiene Ondín?—la hermosa castellana
murmura, al verle, desde su alta almena,
en la orilla del lago, pensativo,
desrizando agitado su melena.

—¿Qué tiene Ondín?—las vírgenes del valle
le preguntan con tono dolorido,
al mirarlo pasar por sus cabañas
pálido, silencioso y abatido.

No canta ya: ni mira á las estrellas;
no saluda la luz del nuevo día;
ni al mirarla apagarse, en Occidente,
la despide amoroso, cual solía.

Nada ya le sorprende ni distrae;
fija la planta sin saber en dónde;
vaga sin dirección, á nadie mira;
no entiende lo que escucha, ni responde.

En la orilla del río, al pie del árbol,
en que gime su arpa suspendida,
insensible, agitado, delirante,
pasa las horas de su extraña vida.

Al más leve rumor que se percibe,
su corazón palpita con violencia;
extraño fuego en sus miradas brilla,
y nueva vida cobra su existencia.

Al mirar su ilusión desvanecida,
exhala hondo gemido, al cielo clama
su faz oculta entre sus manos bellas
y silenciosas lágrimas derrama.

Ora con rostro alegre y dulce risa
se arrodilla amoroso y suplicante;
los brazos tiende... y á cruzarlos vuelve
con furor sobre el seno palpitante.

Ora con roncos gritos, despertando
del valle umbroso los dormidos ecos,
que repiten los genios de la noche,
con tristes voces en sus antros huecos,

¡Flédora! clama, despechado y triste:
¡Flédora! gime conmovido el viento;
y el monte, el bosque *¡Flédora!* repiten
y *¡Flédora!* responde el firmamento.

—

—Ya no me amas Ondín: ¡ay, ya no me amas!
á tu rostro no vuelven la alegría,
cual antes, mis palabras. Tiemblas, y al verme,
la frente inclinas pálida y sombría.

—¡Flédora! por piedad ¿qué no te amo?—
dices bien: no es amor lo que yo siento,
y mi razón trastorna, sino fiebre
cruel, que abrasa con martirio lento.

¡Si supieras, hermosa, lo que sufro!
¡Cómo lejos de tí paso los días!
Siendo mujer, aunque de mármol fueras,
mi afán y mi dolor consolarías.

¡Ah! Si me amas tú, vuélveme al mundo;
mis labios, á tu lado siempre mudos,
deja que estampe tímido y ardiente
en tus hermosos piés casi desnudos,

O en las sedosas trenzas, perfumadas
de esos negros cabellos, desprendidos
sobre tu blanca espalda, y me convenza
que no eres ilusión de mis sentidos.

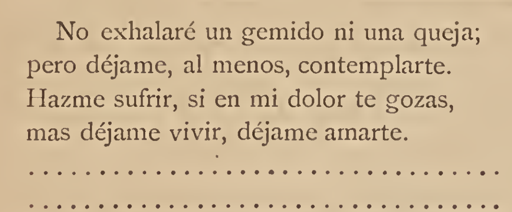
Díme, por compasión, en dónde moras;
quién eres, dónde vas cuando te alejas,
y con tu acento mágico, adormido
en éxtasis dulcísimo me dejas...

—¡Trovador! ¿Qué te importa, si me amas,
que hija del cielo, ó del infierno sea?
¿No escuchas de mis labios que te adoro?
¿No sabe amar Ondín? ¿qué más desea?

El que osaba pedir antes al cielo
un ángel que á su anhelo respondiera,
un ser á quien rendir su ardiente culto,
y sus puros amores comprendiera,

Sufre porque no alientan su esperanza...
¿no te bastan del alma los placeres,
y trocara, quizá mi amor sublime
por el impuro amor de las mujeres?

¡Adiós, mortal, adiós!...—¡Flédora mía!
Perdona mi locura; nada anhelo
más que humilde adorarte de rodillas,
cuando dejes por mí tu hermoso cielo.



No exhalaré un gemido ni una queja;
pero déjame, al menos, contemplarte.
Hazme sufrir, si en mi dolor te gozas,
mas déjame vivir, déjame amarte.

. . . .

. . . .

—Tú no sabes, Ondín cuánto te amo,
cuando humilde, inocente y temeroso
te contemplo á mis piés, sin atreverte
á mirarme siquiera, ángel hermoso.

¡Ah! También sufro yo; maldito sea
el poder misterioso y el encanto
que me aleja de tí.—¿Lloras, bien mío?—
—¡Estás tan bello así! ¡te quiero tanto!...

. . . .

. . . .

Durmióse Ondín: no canta ya la hermosa;
inclinada sobre él hora le mira
con tierno afán: resbalan en su frente
mientras sus negras trenzas, y suspira.

Blanca corona de su sien desprende,
en la frente del joven la coloca,
y con sus labios húmedos y bellos
al murmurar ¡adiós! sus rosas toca.

—

¡Qué pálido está Ondín! De su alba frente,
tan serena y hermosa en otros días,
caen de helado sudor copiosas gotas
sobre sus manos lívidas y frías.

El túnico onduloso y elegante
de su albo siempre y singular vestido,
empapado en rocío y destrozado,
flota á merced del viento, desceñido.

Cae en desorden su blonda cabellera
sobre su espalda y rostro, sin aliño;
y con sus sombras fúnebres y horribles
cubre la muerte ya su fáz de niño.

Pero aún levanta con amor al cielo
sus ojos, ya vidriosos y nublados:
aún vaga una dulcísima sonrisa
en sus labios convulsos y crispados,

Y aprieta con afán contra su seno,
que helarse siente, sin temor, ni espanto,
de flores, mustias ya, blanca corona,
que antes cubrió de besos y de llanto.

—

Quince veces, la luz fulgente y pura,
en las aguas inmóviles del lago,
ha brillado del sol y de la luna
el rayo tibio, misterioso y vago,

Y Flédora aún no ha vuelto: en la ribera
no ha resonado más su voz suave,
ni en su limpio cristal se ha reflejado
su hermosa imagen, delicada y grave.

Pero aún la espera Ondín: sus servidores
le aguardaron en vano en el castillo,
preparado el festín, mullido el lecho,
inmóviles, de pié, junto al rastrillo,

Un día y otro día. Sus corceles
piafan impacientes y viciosos;
llora su paje, y vagan sus monteros
por las desiertas salas, silenciosos.

Las doncellas de Crín, sus doctas rimas
murmuran sollozando, y sus canciones,
y lúgubres los vientos las repiten
al azotar los pardos torreones.

—

Es de noche. La luna, caprichosa,
en su trono de nubes reclinada,
ora baña en su luz pura y suave,
la superficie tersa y dilatada

Del pintoresco lago, ora se vela
entre densos vapores, y su imperio
cede á las sombras, ó radiosa vuelve
á alumbrar otra vez nuestro hemisferio.

Nada turba el silencio que allí reina:
no canta el ruiseñor en la enramada,
ni el viento agita los arbustos bellos,
que coronan su orilla perfumada.

A lo lejos se ve sobre las ondas
del lago, alzarse entre nevada espuma,
blanca figura de contornos bellos;
acaso un cisne de rizada pluma,

Que en el agua se mece: no, camina
con ligereza extraña; en la ribera
salta con rapidez y ostenta en breve
su esbelto talle y larga cabellera.

Es un Hada; ligera se adelanta
con muestras de inquietud y vivo anhelo,
sin arreglar sobre su hermosa espalda
los sueltos pliegues de su blanco velo.

Brilló la luna entre las rotas nubes:
su puro rayo reflejó en su frente,
y Flédora, ó su sombra, entre los olmos
perdióse, que circundan la corriente.

—

¡Flédora sin ventura! Su orgullosa
y altiva reina supo sus amores,
y en un palacio de cristal y de oro
entre cadenas de esmaltadas flores,

Prisionera gimió los largos días,
las tristes noches, que su afán doblaron,
que de Ondín la separan, y en su frente
profundas huellas de dolor grabaron.

—

Hora pálida, inquieta, temerosa,
por entre el bosque silencioso, umbrío,
le busca con afán.—¡Ondín!—gritando;
pero su voz se pierde en el vacío

Y Ondín no le responde. Comprimiendo
los rudos violentísimos latidos
de su ardoroso seno, sobre un árbol
se apoya, el tino y la razón perdidos.

Gemidos de dolor, sonidos vagos
entre sus labios trémulos espiran,
mientras secos, ardientes, dilatados
sus negros ojos con espanto giran.

Ya de las hojas ni á pisar se atreve
la verde alfombra ante sus piés tendida;
ya cruza el bosque con veloz carrera,
como flecha de un arco desprendida.

Sus labios sin color, crispados, fríos,
en vano oprime con su labio ardiente,
y estrecha un corazón que ya no late
sobre su corazón ciego y vehemente.

Con sus tiernas caricias y su llanto
quiere animar un cuerpo, ya sin vida;
y calienta sus manos con su aliento;
y se arroja á su lado enfurecida,

Y su frente golpea, ó delirante
en su blando regazo le coloca:
cariñosa le llama, «duerme,» dice
con alegre semblante y risa loca...
. . . .
. . . .

¡Oh, milagro de amor! Los ojos abre:
con suave presión los labios sella
de su Flédora Ondín. Su yerta mano
la mano ardiente estrecha de la bella.

Sobre su seno hermoso y agitado
vuelve á latir el corazón amante.
No puede soportar tanta ventura;
lanza un agudo grito, penetrante;

La Hada infeliz vacila, se estremece,
y con golpe rudísimo y violento
cae desplomada al fin, mientras exhala,
sonriéndose, Ondín, su último aliento.
. . . .
. . . .

La destemplada lira del poeta
lanzó un flebil gemido, doloroso.
Veló su faz la luna entre las nubes,
y otra vez quedó el valle silencioso.

—

Del limpio lago las tranquilas ondas
con empuje violento se agitaron;
y de un ¡ay! de dolor el eco triste
con su sordo murmullo sofocaron.

Nada se oyó después: la blanca aurora
brilló entre nubes de topacio y grana;
y en su azulado espejo reflejóse
el primer resplandor de la mañana.

¿Y Flédora? ¿y Ondín? No se descubren
al pié del sauce, en el que su áurea lira
sus dulces nombres con amor murmura
y su historia tristísima suspira.

A su gruta de nácar y esmeralda
quizás condujo á Ondín frío é inerte,
para no separarse de su lado,
y adorarlo á despecho de la muerte.

Fresca corona de laurel y flores
ora en su frente con amor coloca
quizás, ó estampa sus ardientes labios
en las pálidas rosas de su boca.

La enamorada ninfa, ¡desdichada!
en vano lo intentó. Las mismas ondas,
que fáciles sus plantas dividian,
como si el lago allá en las simas hondas

El genio del furor las agitase,
en su curso violentas la arrastraron
entre montes de espuma, á Ondín asida,
y en la ribera muerta la arrojaron.

—

Aún en torno del sauce, que los cubre,
en la noche á llorar vienen las Hadas,
y coronas de mirto y azucenas
colocan en sus tumbas respetadas.

Aún las sonoras cuerdas de su lira,
con tonos melodiosos, vibradores,
al soplo de la brisa, estremecida,
cuenta su desventura y sus amores.

Aún las bellas, mostrando su castillo,
en las tardes murmuran sus canciones,
y lúgubres los vientos las repiten,
al azotar los pardos torreones.

ASPIRACIÓN

Lo que ansío no sé: profundo anhelo
de un ignorado bien el alma siente,
y se agita, y relucha y quiere ardiente
buscarlo, y encontrarlo en su desvelo:

Romper con mano firme el denso velo
que la verdad me oculta, y transparente
llegarla á contemplar; quizá vehemente
á otro sér adorar... subir al cielo...

Y en alas de mi loca fantasía
tocar el sol, que mi pupila hiere...
mas no es tal lo que falta á mi alegría...

Un alma, sólo un alma es lo que quiere
para hacer nido en ella el alma mía,
que solitaria desfallece y muere.

UNA VENTANA FLORIDA

¡Cuánta gloria y hermosura
en un espacio tan breve!
¡Quién fuera el aura, que bebe
el aliento virginal
de la niña y de las flores,
que en esa linda ventana
dan envidia á la mañana
con su encanto celestial!

¡Qué hechicera celosía!
¡Qué verdor y qué follaje!
¡Qué blanco y flotante traje!
¡Qué cintura tan gentil!
¡Qué colores tan divinos!
¡Qué fragancia y qué harmonía!
¡Qué pureza y qué alegría,
tan sencilla y juvenil!

Un festón de verde yedra
y enredadera flotante,

sirve de marco á un semblante
de contorno seductor,
y un colorín y una alondra,
sobre dos jarros de flores,
melodiosos trovadores,
cantan historias de amor.

Un rayo de sol corona
á la niña y á las flores.
Con deliciosos rumores
la brisa agita, al pasar,
las perfumadas corolas
llenas de castos hechizos,
y el cinturón y los rizos
en que se enreda, al volar.

Y la niña se sonríe;
y al ver reir á la bella,
se ríen á la par de ella,
las rosas y el colorín;
la alondra y la enredadera,
la yedra, el sol y la brisa;
que es su cándida sonrisa,
la risa de un Serafin.

¡Cuánta gloria y hermosura
en un espacio tan breve!
¡Quién fuera el aura que bebe
el aliento virginal

de la niña y de las flores
que en esa linda ventana
dan envidia á la mañana
con su encanto celestial!

¡AY DE MI!

¡Que si he amado decís!—Estos cabellos,
antes de la vejez blancos y escasos,
la eterna palidez de mi semblante,
mis ojos abatidos y nublados,
la orla azul que circunda mi mejilla,
el pliegue desdeñoso de mis labios,
el eco melancólico y doliente
que de mi voz resuena cuando hablo,
el tosco desaliño de mi traje,
mi talle juvenil y ya encorvado,
la expresión indolente y descuidada
de todo cuanto digo y cuanto hago,
la nube de tristeza y de amargura,
que cubre mi semblante ya hace años,
¿no están diciendo á voces, que es mi vida
un gemido de amor continuado?

CERTIDUMBRE

¡Qué suavidad, qué calma, qué hermosura,
en el cielo, en la tierra y en el alma!
Quien sabe disfrutar de la natura,
es el que dicha y bienestar alcanza.

En la orilla del lago que sombrean
lozanos sauces de flotantes ramas,
mecida por las olas, se desliza
lenta y serena y sin rumor mi barca.

Envuelto por la luna, remo y canto
á compás de la brisa perfumada,
que en las frondas revuela, y del arrullo
que la tórtola fiel amante exhala;

Y mirando los astros, que fulguran
en el espacio, y con su luz nos hablan
de eternidad, de gloria, de infinito,
de progreso y de amor, que nunca acaba,

En la vida sencilla, oscura y ruda,
que he preferido á la opulenta y vana
en que gozar pudiera, si quisiese,
de cuanto al vulgo sensual halaga,

Me siento tan feliz, tan venturoso,
cual á serlo jamás aquí llegara
monarca, triunfador, ni héroe ninguno,
de los que el mundo llenan con su fama.

Y tranquilo, contento, reposado,
en paz dichosa y en completa calma,
miro correr las horas, que á otra vida
raudo llevan mi espíritu en sus alas,

Seguro de vivir eternamente,
cierto de que no existe la desgracia,
y que, por Dios guiado y conducido,
todo en el universo hácia el bien marcha;

Que es el dolor estímulo precioso,
lluvia fecunda el llanto, y la batalla
continua de la vida heróica prueba
que glorifica á quien victoria alcanza.

CHISPAS

I

Siento latir mi corazón vacío...
Por qué late no sé. No hay en la tierra
quien le haya amado ó ame, ni tampoco
á quien él pueda amar existe en ella.

¡Sueños de amor! ¡efluvios de ternura!
¿Por qué vuestra sutil divina esencia
vuelve á animar mi helada fantasía
y á despertar su aspiración inquieta?

Al eco de otro amor, á los fulgores
de su llama inmortal, vivaz, intensa,
eléctrica emoción mi sér recorre,
y en fuego abrasador mi nieve trueca.

¡Horas de fe, de gloria, de entusiasmo,
de ventura fugáz, pero completa,
que hasta el infierno transformáis en cielo...
vosotras sóis el sol de la existencia!

Sin vuestra luz, el mundo es solamente
espantable erial, carcel estrecha,
campo sangriento, lodazal inmundo,
en que el dolor y el mal triunfan é imperan.

Que sin vuestro calor vivificante,
yace en el polvo el alma fría y yerta...
El sentimiento aletargado espira,
y entre sombras, con él, la inteligencia.

¡Dichoso el que adorando el vivo rayo
de un amor sin ocaso vivir pueda!
¡Pero aún más feliz el que, abrasado
en su foco creador, amando, muera!

II

¿Quién eres, dí? Tú existes, yo te siento
en silencio vagar al lado mío.
Antes, cuando en la cuna sonreía,
hora, cuando á la tumba me encamino.

¡Tú eres mi amor! Aquel, que no he encontrado
en este triste mundo en que aún respiro;
aquel por cuya ausencia tanto llanto
de ternura y dolor llevo vertido.

Tú eres, sí... me lo dicen quejumbrosa
la tórtola del valle, el pajarillo
que en la rama se mece, el aura, el agua,
el sol, la nube... ¡cuanto escucho y miro!

¡Tú eres, sí, quien me alienta y me sostiene
en mi afán y en mi duelo, amor divino!
Tú me inspiras, haciendo de mi mente
en copioso raudal brotar el ritmo.

Tu aliento celestial, es el que orea
y acaricia mi frente con cariño;
el que respiran mis amantes labios
en el soplo del aire suave y tibio.

¡Ven á mí! Nunca frío, indiferente
me hallarás, ni olvidado y distraído;
pensando siempre en tí, siempre te espero:
que no tengo otro amante ni otro amigo

Mas que tú. ¡No me dejes! Que á mi lado
te escuche, sienta y vea de contínuo;
¡y que al morir, renazca entre tus brazos,
allí donde vivamos siempre unidos!

III

Como el corcel, herido en la batalla,
que sobre el polvo moribundo cae,
al oir el clarín, débil relincha
y hace esfuerzos aún por levantarse,

Así al oir vibrar sólo una nota
de la lira del alma, palpitante
respondiendo á mi queja ó mi suspiro,
el corazón estremecido late...

Late, sí: el sentimiento nunca muere:
lo fortifica el tiempo, al sublimarle,
como á las altas moles de granito,
que á cada edad parecen aún más grandes.

¿Por qué en este momento, extravasado
siento todo mi sér, cual si elevarse
quisiera, y al cernerse en el espacio,
libre volar por la región del aire?

¿Quién lo invoca ó lo llama? ¿Qué ha escuchado?
¿Qué grito ó qué gemido lamentable,
viene á sacarlo del mortal letargo,
de que ya no esperaba despertarse?

Es sonora la voz, pero el acento
con su infantil entonación atrae
al repetir con eco amante y triste:
—«Sufro, estoy sólo y débil... ¡Consoladme!»—

¡Consuelo! ¿Cómo darlo, ¡ay, Dios! podría
el mismo que se encuentra inconsolable,
quien á cada minuto desfallece,
y se siente morir á cada instante...

Quien no pudiendo ya, con la pesada
carga de su dolor, ¡ay! reclinarse
quiso en el triste borde de la tumba,
en cuyo fondo dormirá no tarde?

LA VUELTA DE LA PRIMAVERA

Hoy se casan las aves
y los capullos:
lo están diciendo á voces
con sus murmullos
ramas y fuentes,
las brisas de los prados
y las corrientes.

Hoy se cubren los bosques
de nuevas hojas;
los fragantes rosales
de flores rojas;
de albas guirnaldas
los jazmines y el valle
de mirto y gualda.

Hoy de gala se visten
á nuestros ojos
la tierra y aun los cielos,
y sin enojos,

do quier fulgura
la luz, nuestra mirada
halla hermosura.

Hoy la paloma arrulla
con tonos varios
y al par las tortolillas
y los canarios;
y todos juntos
forman dulce concierto,
sin errar punto.

La vaga voz del agua
es más sonora,
la risa de las auras
más tentadora,
y más brillante
la luz del sol, y todo
más incitante.

Hoy las niñas hermosas
son aun más bellas,
sus miradas despiden
aún más centellas.
Su cintura más leve,
más blanco el cuello,
su pié más breve.

Hoy, sin querer, los labios
con loco exceso
piden y dan al aire
risas y besos;
Y amar ansía
el corazón, que ahoga
tanta alegría.

Hoy todo es esperanza
paz y ternura...
e que ayer sollozaba,
hoy ya murmura
canto de amores,
al compás de los vientos
aguas y flores.

Hoy la vida parece
dichosa y buena,
y toda senda fácil
ancha y amena.
Y aun lo más triste,
aun la muerte, de rosas
se adorna y viste.

Hoy todo se embellece
y se colora
y á recibir se apresta
á su señora;

que entre las alas
de los céfiros luce
sus nuevas galas.

Que esparciendo alegría
luz y colores
derramando rocío
perfume y flores,
viene á la tierra
á soltar los raudales
de amor, que encierra.

Hoy vuelve á nuestro mundo
por vez primera,
después del triste invierno,
la primavera.
¡Dichoso día
de sueños, de esperanzas
y de alegrías!

SÚPLICA

Si yo tuviera un ave mensajera
que poder enviar á su ventana,
al primer rosicler de la mañana
á despertarla con su canto fuera,

y á decirle con queja lastimera:
—¡No, no hieras, esquiva, airada, y vana,
á quien tan sólo con tu amor se ufana,
y á todas horas con afán te espera!

Ven á verle; padece, sufre, llora...
que darle sóla tú puedes consuelo;
si tú sufres, si en fiebre abrasadora

también arder te sientes; si en tu anhelo,
lo mismo tú le adoras, que él te adora,
¿por qué no hacer de vuestro infierno un cielo?

ESCENA ÍNTIMA

No es oro todo lo que reluce.
(*Proverbio.*)

Sentada en un sillón de terciopelo,
vestida de brocado, coronada
de diamantes, topacios y rubíes,
en gótico cancel se vé una dama.

Apoyando en su mano la mejilla
marchita y sin color, ardiente lágrima
de sus azules ojos brota y cae,
cual lluvia precursora de borrasca,

Sobre los frescos nardos, que perfuman
su blanco seno, que oprimido se alza
con movimiento desigual, á impulso
de hondo sollozo que amenaza ahogarla,

Y en gemido, en suspiro se convierte
de expresión intensísima y amarga,
que de sus rojos labios sale envuelto
en un ¡ay! de dolor, que al pecho arranca.

¿Por qué sufre? Es hermosa, es opulenta,
es joven, debe ser muy envidiada,
y en abundancia goces y placeres
y aduladores mil deben cercarla.

¿Por qué sufre? No siempre, mas á veces,
cubre el armiño repugnantes llagas,
y bajo el oro de diademas regias,
se oculta espina que la sién taladra.

¿Por qué sufre? Ella misma va á decirlo;
con voz ténue y suave, más que el aura
que arrulla el vago sueño de las flores,
y tono apenas perceptible, exclama,

Mientras brillante orquesta con sus ecos
los ámbitos llenando del alcázar,
entre perfume y luz, en son de fiesta,
en olas de harmonía se derrama

Por los áureos salones, transformados
en mágico jardín, mansión de Hadas,
en que ostentan cien bellas sus encantos,
y cien nobles sus cintas y sus bandas:

—«¡Yo quisiera esconderme, huir muy lejos!
¡Arrojar estas joyas y estas galas
irrisorias, que ocultan las cadenas
que mis piés y mis brazos atenazan!

¿Libre? ¿Señora yo? ¡Burla sangrienta!
Sin amor ni alegría, y humillada
entre torpes rivales, orgullosas,
que me insultan con cínica arrogancia;

Y viles é intringantes favoritos,
que sin respeto y con desdén me tratan;
en atmósfera helada, en que respiro
sólo traición, enemistad y saña;

Víctima sin cesar de la etiqueta;
por do quier con cautela vigilada;
teniendo que mostrar la fáz tranquila
y sonriente el labio, cuando estalla

Dentro del pecho el corazón de pena,
ó salta y ruge de vergüenza y rabia.
Entre mortal angustia, aislada y sola,
vivo de todos y de todo esclava,

Envidiando á las jóvenes del pueblo,
que trabajando en la ribera cantan,
y más joyas no tienen, que las flores
que sus padres ó amantes las regalan;

Envidiando hasta al pobre más humilde
que, mendigando su sustento, pasa
la descuidada vida en paz y libre,
sin temor á las torpes asechanzas.

¡El baile va á empezar! ¡Contraste horrible!
En él, ¿qué nueva humillación mi alma
tendrá que soportar? Me ahogo... y siento
á mis ojos subir un mar de lágrimas...

Yo quisiera esconderme... huir... ¡no puedo!»
—No podéis: la comedia, comenzada,
el actor que no quiera... deshonrarse,
hasta el fin debe ya representarla.—

Dijo, surgiendo como sombra leve,
tras blasonado pabellón, que alzara
con reposado gesto, un hombre joven;
y su brazo ofreciéndole á la dama

Añadió:—«Irreflexiva ó inocente,
sin duda imaginasteis, que se alcanzan
las glorias y los triunfos de este mundo,
sin pagarlos tan caros como valgan.

¿Pensáis que yo ni siento ni padezco,
porque mis horas de zozobra amarga,
de temor, de disgusto, de peligro...
que son todas las más para el que manda,

Encubro, aparentando distraerme,
con el bélico estruendo de las armas,
con alcones, jaurías y monteros,
favoritos, y alegres cortesanas?

Pues al pensarlo así, bien torpe fuísteis;
que á quien domina y brilla, cosa es clara
que el fuego y el veneno, por doquiera,
y las iras de muchos, le amenazan.

Todo puesto en la vida, sus dulzuras
tiene y sus hieles, y beberlas ambas,
sin vacilar y hasta las heces debe
el que en morir de sed no halle ventaja.

Sibarita, os quejáis porque las rosas,
que huellan vuestros piés, no son más blandas,
ni exhalan más aroma; ni más tiernos,
son los pechos que os sirven de muralla.

Eso cuesta el ser reina: llanto y sangre,
luchas y humillaciones que no acaban...
que hasta el trono más firme, se hunde á veces,
ó en hoguera ó patíbulo se cambia.

Enjugad vuestras lágrimas, señora...
Mostrad la frente majestosa y alta,
que la corte y el baile nos esperan
y... tenemos que abrir la contradanza.»—

Abrió un ujier la suntuosa puerta:
un torrente de luz entró en la estancia,
y de espléndida y noble comitiva
la dichosa pareja rodeada,

Penetró en la marmórea galería,
cubierta de tapices y de estátuas;
y entre el murmullo adulador, y el eco
de los acordes de la regia marcha,

Empezó el baile, y admiraron todos
de la reina y del rey, el garbo y gracia,
y la amable expresión, y la alegría,
que á la par sus semblantes destellaban,

Diciendo casi en coro:—Más felices
que ellos son, no es posible que otros haya.—
Que los que no meditan ni razonan,
al juzgar y envidiar, así se engañan.

SÓLO EL AMOR ES ETERNO

Pasan las flores
y sus colores,
y sus perfumes
y su verdor.

—

Pasan las aves,
y sus suaves,
dulces cantares
é inquieto ardor.

—

Pasan los ríos,
mudos, sombríos,
quedan los bosques
sin su rumor.

—

Pasan los reyes,
pasan sus leyes,
sus vanos triunfos
y su esplendor.

—

Pasan la gloria
y la victoria,
y hasta el recuerdo
del vencedor.

—

Pasan los hombres:
pasan sus nombres,
y sus placeres
y su dolor.

—

Pasan las bellas
claras estrellas,
sin dejar rostro
de su fulgor.

—

La sola cosa
dulce y hermosa,
que siempre ostenta
gracia y frescor;

Que nunca pasa,
que nunca muere,
que eterna vive,
es el amor.

PLEGARIA

De arcángeles de luz, sobre mi frente
siento cruzar el vuelo esplendoroso:
siento su soplo inspirador y ardiente
acariciar mi sién, mientras reposo.

¡Hermanos de otros mundos, que á animarme
venís, y á consolar la amarga pena,
que me causo á mí mismo, al contemplarme
en esta vida de miserias llena!

¡No os alejeis de mí! ¡No abandonado
me dejéis en la tierra, en que deliro...
y haced que por vosotros ayudado
pueda al cielo volver, porque suspiro!

¡VEN!

¡Angel de luz! ¡Espíritu divino,
que te llamas mi hermano y que lo eres!
Si es cierto, cual lo afirmas, que me quieres,
junto á mí permanece de contino:

¡Y ábrele á mi anhelar ancho camino,
para que huyendo el mundo y sus placeres,
suba de un vuelo, allí donde estuvieres,
á cumplir á tu lado mi destino!

Si abatido me vés y envuelto en sombra,
es que lejos de tí, fallezco y muero...
cuando mi labio trémulo te nombra:

¡Ven! ¡Aparece, y me verás ligero
en gloria y luz, subir con ardimiento,
en pós de tí y contigo... al firmamento!

CONQUISTA DE CÓRDOBA

POR EL REY SAN FERNANDO

¡Gloria al valor, pero al valor que alienta
y sostiene la fé y el entusiasmo!
¡Gloria al guerrero que en las lides muere
por su Dios y su patria peleando!

¡Gloria á aquellos ilustres campeones
de corazón tan firme cual su brazo,
que altos ejemplos de virtud heróica
con sus nombres sin mancha nos legaron!

¡Gloria á nuestros abuelos, gloria, gloria!
¡Loor eterno é inmarcesibles lauros
á la raza esforzada á quien debemos
lo que hemos sido, somos y seamos!

A aquellos que tras siglos de ignominia,
de afán y esclavitud para el cristiano,
levantando sus frentes no domadas
y sus fuertes aceros desnudando,

Se dijeron:—«Plantemos victoriosa
la enseña de la Cruz, doquier flotando
la altiva media luna, empresa digna,
ofrezca á nuestro esfuerzo sobrehumano;

Libertemos la patria de ese yugo
con que fieros muslimes la humillaron,
demos independencia á nuestros hijos,
aunque para alcanzarla perezcamos.

¡Gloria á nuestros abuelos, gloria, gloria!
¡Loor eterno é inmarcesibles lauros
á los que á precio de su noble sangre
nuestra futura libertad compraron!

Herencias suyas son cuanto tenemos,
prosperidades, ciencias y adelantos;
¡qué mucho que los ojos hacia ellos
volvamos con amor de vez en cuando!

Que por nuestros semblantes se deslice
llanto de gratitud al recordarlos,
¡y que para imitarla y bendecirle
suene su nombre y gloria en nuestros cantos!

¿Qué otro asunto más digno del poeta,
del vate ilustre, del sublime bardo,
que el valor, las virtudes y el esfuerzo
de los héroes ya muertos y olvidados?

¿Qué otro empleo mejor darle pudiera
á su arpa de oro y genio soberano,
el que comprende su misión divina,
el que capáz se siente de cantarlos,

Que el transmitir su nombre á otras edades,
en harmoniosa rima embalsamado,
que hacer que los recuerden los que viven
llenos de gratitud y de entusiasmo,

Que al par fecunda é inolvidable sea
la muerte y los dolores que arrostraron,
por mejorar la suerte de su raza
sus homéricos hechos presentando

A nuestros hijos, cual modelos dignos
de eterna fama y general aplauso,
y que ceñirles la inmortal corona
que otros siglos acaso les negaron?

¿Qué otra empresa más alta y generosa,
más noble y digna del talento humano,
de la brillante inspiración y el estro
del que á cantar los cielos destinaron,

Que volver á la vida lo que ha muerto,
que evocar con su genio lo pasado,
que levantar la piedra poderosa
que á nuestros ojos vela el polvo vano,

De los héroes que fueron, y en su tumba
fijando sus miradas, animarlos,
gritándoles con voz sonora y fuerte,
como á Lázaro Cristo:—«Levantáos,»—

Y dándoles color, y vida, y forma,
y acción, y sentimientos apropiados
en nuestro corazón y en nuestra mente,
hacerlos revivir sólo al cantarlos?

¡Ay, si á la edad pasada no volvemos
los ojos, si su gloria no cantamos,
cómo la edad futura hácia nosotros
ha de volver los suyos, ni cantarnos!

El que honró á sus mayores y en tributo
de amor y gratitud derramó llanto
honrado habrá de ser y bendecido
por sus hijos también y venerado.

I

¡Cuán hermoso es soñar y lo que era
y lo que hoy es mirar eslabonado,
formando un sólo punto indivisible
sobre la inmensa eternidad flotando!

Hélos allí, ellos son, entre la niebla
y el polvo que levantan sus caballos
al marchar á compás por la llanura,
arrogante escuadrón al par formando.

Heridos por el sol de la mañana
que vibra en ellos sus primeros rayos,
brillan como si fuese oro bruñido,
armas y cotas, yelmos y penachos.

¡Qué marcial actitud, qué aire de guerra,
qué semblantes tan nobles y gallardos,
qué soldados tan fuertes y aguerridos,
qué jefes tan galanes y bizarros!

¡Qué bien suenan sus trompas y atambores
por valles y por sierras derramando
con su bélico acento alarma y susto
y harmonioso concierto en ecos gratos,

Formando al par con los sonidos roncos
de las armas que chocan al acaso,
y el sonoro trotar de los corceles!
—No hay música mejor para el soldado.—

¿A dónde van, quién son, enmedio de ellos
sobre ondulosos pliegues tremolando,
la enseña de la Cruz? A quien los mira
le dice en alta voz que son cristianos.

Y los leones de oro que descuellan
sobre brillante y azulado campo,
en sus ricas banderas desplegadas
que agita el viento con murmullos blandos,

Y la banda preciosa que cruzada
lleva su joven jefe sobre el manto,
que airoso pende de sus fuertes hombros
y el suelo en sueltos pliegues va besando,

Y la régia corona que ceñida
lleva en la frente sobre el fuerte casco
en el que bello airón de blancas plumas,
va un riquísimo broche sujetando,

Y la escolta de nobles adalides
que á distancia siguiendo van sus pasos
con marcado respeto y compostura,
el ardor de sus potros refrenando,

Dicen que ese escuadrón que desde lejos,
al mirarle marchar firme y compacto,
parece monte de fulgente acero
erizado de lanzas y venablos,

Que esos tercios de ilustres caballeros,
que esos bravos, fortísimos soldados,
que cubren la llanura, son leoneses
y el que marcha á su frente el rey Fernando.

II.

Una ciudad grandiosa y opulenta
allá en el horizonte, colorando
van los rayos del sol, que portentosa
evocación parece de algún mago.

Sus gallardos dorados minaretes
despiden llamas de fulgor extraño,
y á encendidas hogueras se asemejan
sus cúpulas brillantes y terrados.

¡Qué hermosa es al verla reclinada
al márgen de ese río limpio y manso,
coronada de palmas y laureles,
sobre un lecho de rosas dormitando

Al pié de la alta sierra, que la mira
con maternal orgullo y en sus brazos
la estrecha con amor sobre su frente,
flores, frutos y aromas derramando!

¿Quién penetrar en ella no ambiciona
y recorrer sus templos y admirarlos,
y dormir á la sombra de sus bosques,
y respirar su aliento embalsamado?

Al descubrirla, un grito de alegría
inmenso, atronador, vibrante y largo,
cual si sólo una voz no más tuvieran,
dieron al aire jefes y soldados.

Y conteniendo con marcial donaire
el rápido trotar de los caballos,
su beldad, su riqueza y su alta gloria,
desde lejos rendidos saludaron.

—«Es Córdoba,» dijeron, y al decirlo,
sus semblantes curtidos y tostados
por los rudos trabajos de la guerra,
todos gozosos á la par brillaron.

—«Es Córdoba,» la voz firme y sonora
repitió del monarca, que elevando
su acento aún más, para que ser pudiese
escuchado y oído en todo el campo,

Parando con destreza y gallardía
su tostado alazán y con la mano
haciendo señas de que en torno suyo
se colocarán jefes y soldados,

Añadió:—«Esa es Córdoba,» guerreros;
su beldad lo está á voces publicando;
esa es la rica joya codiciada
que hace tan largo tiempo ambicionamos.

La admirable ciudad de los Califas,
la que encierra en sus muros dilatados
más grandezas, tesoros y portentos,
que todos nuestros reinos encerraron.

La que alcázares tiene de oro y nácar,
guarnecidos de perlas y topacios,
y fragantes pensiles, suspendidos
sobre columnas de brillante mármol;

Y la que tantas maravillas guarda
en su seno fecundo y perfumado,
que ni las puede imaginar la mente
ni enumerarlas aunque quiera el labio.

Esa que véis, es Córdoba, la villa
que hace tiempo cercaron mis vasallos,
la que tenaz resiste á nuestras lanzas
y al esfuerzo y valor de mis soldados.

Mas hora vengo yo, y al par, leoneses,
venís también vosotros, y este brazo,
con la ayuda de Dios y el valor vuestro,
en breve logrará sobre el más alto

Capitel de sus torres y mezquitas
plantar la santa enseña que adoramos,
ó en sangrientos, rudísimos combates
en vigoroso y sostenido asalto,

Al pié de nuestra Cruz, bajo sus muros,
pereceremos todos como bravos,
que tan sólo por Córdoba he salido
de León y mi reino abandonado

Dejé, y yermas mis tierras, y mi esposa
apenada y mi alcázar solitario,
que por ella he venido, y sin ganarla,
no he de volverme á ir á mis estados.

Que nadie ha de decir en estos tiempos
ni en la futura edad, mi honor manchando,
que hubo una empresa digna de mi fama,
superior á mi fé y á mi entusiasmo.

Que mi cristiano ardor vino á estrellarse
ante un pueblo de Alarbes degradados,
que lidiando por Dios, vencer no pudo
la constancia y esfuerzo de mi brazo.

Que por ganar á Córdoba he perdido
tiempo, fama, tesoros y soldados,
que por ella salió y volvió sin ella,
volviendo con la vida, el rey Fernando.—

Dijo, y blandiendo su desnuda espada
y el estandarte bendecido y santo
de la divina Cruz, con mano firme,
á la vista de todos tremolando,

Seguido de sus nobles adalides
—de Alonso de Meneses, Lope de Haro,
Rodrigo de Girón y de Alvar Pérez,—
y en pos de todo su escuadrón bizarro,

Al son de los clarines y atabales,
roncos gritos de guerra y de entusiasmo
lanzando en confusión, hacia la bella
ciudad cercana ya se encaminaron,

Llenos de santo celo y de ardimiento,
á morir ó vencer determinados,
con bélico tropel y fiero alarde,
aguijando la espuela á trote largo.

III

Todo es ruído y confusión y lucha
en torno á la ciudad; bien los cristianos
acometen y fuerzan los reductos,
pero bien se defienden los sitiados;

Que si valientes son los sitiadores,
los moros cordobeses son bizarros,
é indecisa y suspensa la victoria
con asombro contempla los dos campos.

Hace tiempo, ganada la Axarquía,
populoso arrabal tiene el de Castro,
y la torre y murallas y bastiones
de la puerta fortísima de Martos.

Pero ni un punto los alarbes ceden,
ni un punto retroceden los cristianos,
que parece crecer con la fatiga
el valor y el empeño de ambos bandos.

Lleva el Guadalquivir teñido en sangre
su tributo á la mar; en flor segados,
mueren héroes á cientos cada día,
pero nada separa á dos contrarios

Que han jurado vencerse ó destruirse,
si ambos tienen honor, hasta alcanzarlo:
que si el peligro arredra á los cobardes,
redobla el heroismo de los bravos.

Agil, fuerte, prudente y decidido,
de piedad y valor ejemplos dando
lo mismo en el consejo que en las lides,
es el alma de todo el rey cristiano.

¡Cómo escala el primero las murallas,
cómo premia y distingue á los soldados
que imitando su ardor con santo celo
atacan y sostienen el asalto!

¡Cómo cuida al herido y al que muere
honor y llanto dá, y al mahometano
piadoso ofrece, si las armas rinde
y la ciudad entrega, respetarlo.

Y á ejemplo de su rey, ¡cuántas hazañas
singulares y heróicas no llevaron
á cabo los fortísimos leoneses
y sus jefes galanes y esforzados!

A no tener el arpa vibradora
en que Homero y Virgilio nos cantaron
el valor y la guerra, ¿con qué sones,
con qué ecos dignos de tan bello y vasto

Y riquísimo asunto cantar ora
los hechos admirables é ignorados
de tantos y tan fuertes campeones,
como en el sitio aquél al par brillaron?

¿El esfuerzo, la fé y el noble aliento,
el incansable ardor, nunca entibiado
por contraria fortuna ó privaciones,
con que sus altos timbres coronaron,

Entre otros ciento, Henríquez de Castilla,
Garci Pérez, Suarez y Alvar Castro,
Diego Lara, Fray Lope, y entre todos
por su valor insigne descollando,

Por su edad juvenil y su bravura,
continente marcial y aire gallardo,
el noble capitán de Almogavares,
Martín Ruiz de Argote, el esforzado?

IV

¡Qué bello amanecer, qué hermoso día,
qué espacio tan azul, qué sol tan claro!
¡Parece que hasta el cielo galas viste
y de esplendor se cubre desusado,

Para radiante celebrar la gloria
y el triunfo costosísimo que al cabo,
tras tan largo afanar y fieras luchas,
el Señor concedióle á los cristianos!

¡La ciudad se rindió! este es el grito
que resuena do quier distinto y claro.
¡La ciudad se rindió! ¡Córdoba es nuestra!
¡Gloria al Dios de Israel y al rey Fernando!

¡Qué bello amanecer, qué hermoso día!
¡Todo es gala, esplendor y fiesta el campo!
¡Qué animación, qué músicas, qué estruendo,
qué gozo, qué alegría y qué entusiasmo!

Los soldados se abrazan con ternura;
los jefes, con semblante alborozado,
aguijando sin tregua sus corceles,
corren á rienda suelta por el llano.

Los timbales, clarines y atambores,
sus bélicos acentos derramando,
por el valle y la sierra himnos de triunfo
entonan sin cesar con ecos raudos.

Allí cantan y beben, aquí juegan,
del peligro y las armas olvidados;
quién en grato solar, por la enramada,
en la hermosa á quien ama va pensando,

Quién cuenta sus proezas, quién las miente,
y quién, en fin, con vítores y aplausos,
el camino que el rey recorrer debe
con palmas y con flores va alfombrando.

¡Veintinueve de Junio! hermoso día
de júbilo y placer para el cristiano.
¡Veintinueve de Junio! aciaga fecha
para el árabe triste y humillado.

¡Contraste de la vida y de la suerte!
Mientras que todo es regocijo el campo,
todo es en la ciudad despecho y luto,
amargura, tristeza, miedo y llanto.

¡Abandonar á Córdoba, á la bella
ciudad que enriquecieron y adornaron
con sus gloriosos timbres y alta ciencia!
¡A Córdoba, á su amor! sólo al pensarlo,

En ayes de dolor y de amargura
prorrumpen, sin querer, mozos y ancianos;
y con fúnebres gritos y lamentos,
por calles y por plazas derramados,

Trémulos, vacilantes y abatidos,
desordenado el traje, incierto el paso,
con ademanes, gestos y palabras,
van diciéndole adiós á cuanto amaron.

¡Y ella, la hermosa Hurí, cómo sonríe
y le tiende los brazos al cristiano,
y corona de flores su cabeza
y se embellece aún más para agradarlo!

¡Qué perfumado ambiente la rodea!
¡Qué de rosas ostenta en su regazo!
¡Qué de perlas y lirios en su frente,
y en su cuello y su seno mal velado!

—¡Córdoba, adiós!—¡Salud, Córdoba bella!
¡Ansiosa de admirarte á tí llegamos!—
—¡No te veremos más!—dicen los moros.
—¡De hoy más nuestra ha de ser!—dice el cristiano.

¡Veintinueve de Junio! hermoso día
para los que vencieron y triunfaron.
¡Veintinueve de Junio! triste fecha
para el que fué vencido y desterrado.

V

¡Qué riqueza, qué gala y qué donaire!
¡Qué esplendidez real y qué boato!
Al mirar esos tercios valerosos,
late el pecho de orgullo y de entusiasmo.

¡Esos son los ilustres ganadores
de la sin par ciudad que hoy tanto amamos!
¡Nuestros abuelos, sí! rendidles palmas
y de cerca venid á contemplarlos,

Y esclamad, como yo, flores y aromas
esparciendo sobre ellos á su paso,
y entonando cantares que á otros siglos
trasmitan con sus nombres nuestro aplauso:

—¡Gloria al valor guerrero, gloria, gloria!
¡Loor eterno é inmarcesibles lauros
á los que á precio de su noble sangre,
nuestra futura libertad compraron!

Sobre un caballo blanco, cual la nieve,
con paramentos de oro enjaezado,
al frente de sus huestes belicosas,
rebosando placer, va el rey Fernando.

Síguenle en pos sus nobles capitanes,
á cual más arrogante y más gallardo,
y cercados de un pueblo numeroso
que celebra su gloria en dulces cantos;

Después de recibir en la muralla
las llaves y homenaje acostumbrado,
al sonido marcial de himnos guerreros,
en la ciudad morisca penetraron.

Al tremolar con mano victoriosa
Martín Ruiz de Argote, en lo más alto
de la grande y magnífica mezquita,
que aún hoy enternecidos contemplamos,

El estandarte real y aun más erguida,
más magnífica y alta, coronando
el triunfante león en luz bañada,
la enseña de la Cruz que alborozados

Con unánimes gritos, entusiastas,
saludaron al par, casi llorando
de placer, de ternura y de alegría,
los tercios vencedores y bizarros;

Al ver al santo rey su noble frente,
descubrir humildoso y saludarlo,
agitando la toca y con acento
conmovido, sonoro é inspirado,

Exclamar al mirarlo entre la tierra
y el cielo suspendido en el espacio,
mostrándole con gesto vigoroso,
elocuente y sublime á los soldados:

—«El es, y no nosotros, el que triunfa,
instrumentos no más son nuestros brazos
de la inmutable voluntad del cielo;
no lo olvidéis jamás. El que ensalzarnos

Hoy quiso para gloria de su nombre,
puede trocar mañana nuestros lauros,
nuestra fuerza y poder, triunfo y renombre,
en discordia, en derrota y humo vano.

Y así lo hará sin duda, si al orgullo
cabida en nuestros pechos hoy le damos,
si piedad no tenéis con el vencido,
si otros triunfos mayores anhelando

Que rendir en su altar como homenaje,
de gratitud y amor no derramamos,
al darle gracias por el triunfo insigne
que á nuestras armas da piadoso llanto;

Si ante la santa enseña que fulgente
esparciendo en el eter vivos rayos
de amor y paz, de bien y de ventura,
hoy en Córdoba plantan nuestras manos,

Deponiendo laureles y coronas
y el vencedor acero, no exclamamos:
¡Gloria á la Cruz divina, gloria, gloria
al que en ella muriera por salvarnos!

El es y no nosotros el que triunfa.
¡Gloria sin fin al Dios de los cristianos!
. . . .
. . . .

Dijo así el rey; unísona y ardiente
aclamación, y vítores y aplausos,
vibraron por do quier á un tiempo mismo
y en millares de bocas resonando,

Repitieron por valles y praderas,
por colinas distantes y collados,
entre marciales himnos entusiastas
con fervoso acento en ecos raudos:

¡Gloria á la Cruz divina, gloria, gloria
al que en ella muriera por salvarnos!
El es, y no nosotros el que triunfa.
¡Gloria sin fin al Dios de los cristianos!

Gloria también y lágrimas y flores,
loor eterno é inmarcesibles lauros
á los que ejemplos de virtud heróica
con su nombre sin mancha nos legaron.

A aquellos que doblando la rodilla
é inclinando la frente hoy saludamos,
á través de seis siglos de distancia,
con emoción, respeto y entusiasmo.

A aquellos que la enseña triunfadora
de la Cruz sobre Córdoba plantaron;
á nuestros nobles ínclitos abuelos,
émulos de Scipiones y Alejandros.

Gloria al valor, pero al valor que alienta
y sostiene la fé y el entusiasmo.
Gloria al guerrero que en las lides muere,
por su Dios y su Pátria peleando.

¡FELICES LOS MUERTOS!

Las que lloráis sin tregua ni reposo,
en medio de la lucha y de la guerra,
al hijo amado, ó al amante esposo,
que vuelven á los senos de la tierra:

¡Con cuánta más razón, amargo llanto
debéis verter, por la contraria suerte
del que aún vive entre afán, duelo y quebranto,
esperando los besos de la muerte!

No saben lo que se hacen
los que lloran á los muertos
que de la obscura cárcel de esta vida,
quebrantan al morir los duros hierros.

Presidiarios, que sus culpas
expían entre tormentos,
y á los que al fin llegó la ansiada hora,
de libertad, de luz, y de consuelo.

¡Llorar por los que se mueren!
Más bien en dulces conciertos,
la inmensa dicha, y la envidiable gloria,
de aquellos que se van, cantar debemos.

Las que lloráis sin tregua ni reposo,
en medio de la lucha y de la guerra,
la tierna hermana, el padre ó el esposo,
que al seno vuelven de la madre tierra,

Con cánticos alegres, y sonrisas,
despedid sus espíritus viajeros;
y mandadles en alas de las brisas,
lágrimas no, recuerdos duraderos.

QUEJAS DE UN TRISTE

No tengo padre ni madre
ni nadie que me consuele,
que me aliente y me acaricie
cuando el corazón me duele.

Nadie llora cuando lloro,
ni ríe cuando yo río,
ni hay pecho que amante lata
á la par que late el mío.

No hay nadie que oiga la queja
de mi labio dolorido,
cuando enfermo y sin amparo
doblo la frente rendido.

No hay ojos que con anhelo,
sigan mi barca en los mares,
ni quien ansioso me espere
al volver á mis hogares.

No hay quien recoja el suspiro,
que con honda pena exhalo,
ni manos á quien las mías
pueda tender, si resbalo.

No hay quien fije en mis pupilas
su mirada ardiente y muda,
ni quien me diga al pasar
—el cielo te dé su ayuda.—

No tengo paz ni esperanza...
hermano, amante, ni amigo...
sólo tengo á mi tristeza
por compañera y testigo.

Las aves y los arroyos,
los céfiros y las flores
tienen risas y alegrías,
juventud, placer y amores...

Yo á nadie tengo en el mundo;
palma en el desierto aislada,
que vivirá, sin dar fruto,
sin de nadie ser buscada.

Sin que nada á sus clamores
responda en el mar de arena
en que crece y gime sola
con su fastidio y su pena.

Moriré, como he vivido,
solo triste y olvidado
en el agreste sendero
por donde Dios me ha guiado,

Sin dejar en pos de mí
huella, rastro, ni memoria,
mas que una página triste
de una tristísima historia,

Escrita con un gemido
en la tierra seca y dura
de una inculta, abandonada
solitaria sepultura,

Donde nadie irá á llorar,
ni crecerán jamás flores,
ni las aves mecerán
el nido de sus amores.

FANTASÍA

ESCRITA EN LA ORILLA DEL BALSAÍN

Claro, sonante y pintoresco río,
que entre enriscados montes
tu curso audaz, inspirador, sombrío,
revuelves orgulloso,
aún vencedor del tiempo y del destino
bullente y clamoroso,

En tus rizadas ondas reflejando
las mutiladas ruinas
del alcázar soberbio que ostentando
su grandeza de un día,
durar más que tu cauce humilde y breve
acaso pensaría;

Huyendo esos jardines, donde gira
la muchedumbre inquieta
do sólo el arte imitador se admira,
hastiada de grandeza,
vengo á buscar en tu ribera inculta
la gran Naturaleza,

Nuevas, grandes, profundas impresiones
que calmen de mi pecho,
ávido de placeres y emociones,
la sed desconocida
y vientos zumbadores que refresquen
mi frente enardecida.

¡Oh, qué placer! Sobre la enhiesta cumbre
que la vista asombrada
ni aun á medir se atreve, y con su lumbre
pálido aun tornasola
desde su lecho el sol, fijar la planta
estremecida y sóla;

Oir las nubes rodando amenazantes
tronar sobre mi frente,
y al serpear el rayo los distantes
valles mirar y el campo,
de su lívida luz, rápida, horrible
al fulgurante lampo,

Alzar mi rudo, sonoroso canto,
mientras brama el terrible
genio del huracán y del espanto,
y su áspero graznido
lanza el ave voraz que en tu ribera
busca sustento y nido;

Ver aquí un precipicio, allá á lo lejos
las fértiles campiñas
de la tarde, á los pálidos reflejos,
ya un bramador torrente,
ya el bosque inmenso de gigantes pinos
de tu áspera vertiente;

El alto Guadarrama coronado
siempre de eternas nieves,
el horizonte vasto é ilimitado
que temeraria anhelo
con mi vista abarcar, y el ancho espacio
del tormentoso cielo;

Y al contemplar la majestad que imprime
natura aun á su espanto,
de placer, de emoción, de horror sublime,
palpitante, rendida
sobre la roca, en que mi planta afirmo,
caer desfallecida,

Cual ahora me ves... Mas calla; apaga
tu atronador murmullo;
no aumentes la ilusión que mi alma halaga,
recordando á mi mente
que quien se aleja sólo, es mi deseo
tenaz, pero impotente.

¡Ay! Dejadme soñar; que en mi contento
á apartadas regiones
pueda volar mi activo pensamiento;
y aunque delirio sea,
que mis ávidos ojos las admiren.
¡Ay! Déjame que crea.
....

Que en la llanura de Savons, camino
entre aromas y flores,
que allá en la cumbre de Sión inclino
humillada la frente,
y de emoción llorando, á Dios elevo
mi súplica ferviente;

Que el cielo azul y despejado admiro
de la encantada Grecia;
que con delirio al fin su aura respiro
de libertad y gloria,
y al Eurotas contemplo entre laureles,
cantando su victoria.

Que en el romano Foro, aún asombrando,
á Cicerón escucho,
la verdad y justicia proclamando,
y en la muda ruína
del alto Capitolio el triunfo admiro
del Tasso y de Corina;

Que á merced de las olas y del viento
audaz mi rumbo guío,
cruzando el Ponto ronco y turbulento
á Estambul la divina,
que en la orilla del Bósforo entre rosas
su augusta sién reclina;

Que el alto Olimpo, con respeto mudo,
nebuloso y sombrío,
y la tumba de Antíloco saludo,
y entre el polvo, aunque en vano,
los vasos de Ilión ansiosa busco
y el esplendor Troyano;

Que entre bosques de mirtos y azahares,
de las hijas del Asia
escucho los suavísimos cantares,
mientras sus ruiseñores
de Hafiz y Sadi los hermosos himnos
modulan entre flores;

Que alegre á mi placer la vista tiendo
desde el pico de Teyde
sobre la mar inmensa, que rugiendo
siempre agitada y brava,
sus peñascos azota, y los viñedos
del fértil Orotava;

Que de esas noches tropicales bellas
en dulce arrobo adoro
de sus puras y pálidas estrellas
los suaves fulgores,
y al amoroso arrullo de sus palmas
duermo, soñando amores;

Ya que domino el alto Chimborazo,
coloso de los Andes,
ya que desnudo el musculoso brazo
sobre frágil canoa,
miro luchar, vençer á los guerreros
del pueblo de Ohiva-Oa;

Y que no habiendo del ocaso á Oriente
ya que admirar, osada,
hago á mi voz sonora, con valiente,
pensamiento profundo,
desde el gigante Jawahir tronando,
estremecer el mundo.

Mas, ¿dónde estoy? ¿Acaso en la ribera
que el Arno fecundiza,
ó en la del Rhín florida y placentera?
¡Ah! no; esa es tu orilla,
sombrío Balsaín: esos los campos
eriales de Castilla.

A la cárdena luz que fulgurando
rasga las negras nubes,
los reconozco ya, y sollozando
soledad y amargura,
hallo tan sólo de mis dulces sueños
de gloria y de ventura.

Génios que reposáis de su corriente
en las húmedas grutas,
en vano orláis mi enardecida frente
de aromáticas flores;
en vano repetís mis rudos versos;
no calmais mis dolores

del volcán que mi pecho le traspasa;
el trebol que la ciñe,
templar no puede el fuego que la abrasa.
Ni es el oir bastante
los cantos de mi lira en broncos ecos
á mi ambición gigante.

Para apagar la sed que me devora,
necesito torrentes
de la gloria que el mundo en sí atesora,
y en frondosos vergeles
¡ay! refrescar mi frente, coronarla
de triunfantes laureles;

Reposar sobre palmas, arrullada
por la ovación del mundo,
y al levantar la frente, laureada
de amor y poesía,
derramar, asombrando al Universo,
raudales de harmonía.

Entre la voz del trueno que retumba
en los cóncavos senos,
entre la voz del huracán que zumba
fragoroso y horrendo,
y el salvaje rumor que alzan las ondas
al saludar su estruendo,

Oigo la voz distinta y vibradora,
harmoniosa y terrible,
que alienta mi ambición y me enamora,
y fija en mi memoria,
me repite doquier «lucha constante,
y alcanzarás victoria.»

Ya te obedezco, inspiración divina;
no en vano ante mis ojos
harás brillar la luz que me ilumina;
en la temida arena
voy á lanzarme, aunque vencida caiga,
que el númen me lo ordena.

Entre el brillante coro de poetas,
honor del suelo hispano,
para mis fuerzas y saber atletas,
levantaré mi acento,
y espiraré entre el polvo, ó mi alta gloria
alzaré al Firmamento.

Adiós, raudal purísimo y sonoro,
que entre robles y breñas
escondes tu riquísimo tesoro.
Adiós: en tu ribera
yo tornaré á cantar, si no perezco
en la lid que me espera.

Si en esa lucha generosa y alta
do temeraria vuelo,
en algo sirven á quien el genio falta,
la ambición de la gloria,
la constancia, la fé y el entusiasmo
para alcanzar victoria.

VIDA DICHOSA

Al borde del arroyo
me paso el día,
viendo correr el agua
sonora y limpia,
bajo los sauces,
que con sus largas ramas,
sombra me hacen.

Respirando el ambiente
lleno de olores,
que en frescas puras ondas
baja del monte,
y por los llanos,
se esparce, las florestas
acariciando.

Escuchando el murmullo
que alzan las olas,
y el susurro suave
de auras y hojas.

El son del remo,
y los lejanos cantos,
de los barqueros.

Viendo trepar las cabras
por los collados;
saltar los pajarillos
de árbol en árbol;
y á las abejas
viendo libar sus mieles,
de yerba en yerba.

En libertad y en calma,
ágil y alegre,
comiendo ricas frutas,
de mis vergeles;
y largos sueños,
durmiendo entre jazmines,
y limoneros.

Meditando, sintiendo,
dándole forma,
á cuantos pensamientos
la mente forja.
A cuanto halaga
mi corazón amante
é inspira mi alma.

EL MAYOR DE LOS CRÍMENES

La guerra es el baldón de las edades;
es la nube que empaña toda gloria;
es la maldad mayor de las maldades;
es el borrón más negro de la Historia.

Si alguna vez mi alma enardecida,
ansiando libertad pudo cantarla,
hoy á su rudo golpe estremecida,
con horror se apresura á condenarla.

Hogares yermos, madres desoladas,
huérfanos desvalidos y llorosos,
campiñas y ciudades arrasadas
por hordas de fanáticos rabiosos;

Cadáveres y huesos hacinados,
y desnudez, y hambre, y luto, y muerte...
clamores y gemidos exhalados,
en fratricida lid, revuelta y fuerte.

¡Y el restallar del hierro, y el silbido
estridente y fatal de la metralla,
es lo que escucha por doquier mi oído!
¡es lo que por doquier mi vista halla!

. . . .

Desde Calpe y Moncayo al Pirineo,
en los extensos campos de mi España,
que amorosa la mar circunda y baña,
y de los que es el sol joya y trofeo,

Todo furor, encono y saña oculta.
Todo desolación; todo ruina...
Aquí se roba sin piedad é insulta,
y allí traidoramente se asesina.

¡Mares tan sólo son de sangre y llanto,
las abrasadas villas, las aldeas!...
¡Todo respira destrucción y espanto!
—¡Guerra! ¡Guerra feróz! ¡¡Maldita seas!!...—

A MIS MUERTOS

No necesito ir al cementerio
á visitarlos, no;
que envueltos en la sombra y el misterio,
están, donde estoy yo.

En mí, dentro del alma, á todas horas,
los siento respirar;
y sus voces dolientes y sonoras
oigo en mi voz vibrar.

Los muertos de los vivos no se alejan
cuando los quieren bien;
se apartan sólo y con dolor los dejan,
si olvidados se ven.

¡Ellos! ¡los que yo amé! ¡los que me amaron!
conmigo siempre están;
que si en polvo sus cuerpos se tornaron,
sus almas siempre con mi alma ván.

¡VENID!

Sueños confusos, que á la mente mía,
recordándome duelo y alegría,
en tropel acudís,
trayendo en vuestras alas vagarosas,
perfumes de las auras y las rosas,
de los mundos de amor de que venís,

Vosotros sóis, el rastro luminoso
que deja en cielo obscuro y tenebroso,
el rayo al fulgurar;
y la escala, y el lazo permanente,
que ligando el pasado y el presente,
lo que fué, nos obliga á recordar.

Vosotros sóis, el grito y el lamento,
el hondo perdurable sentimiento
de nuestro propio sér,
la inexorable voz de la conciencia,
que por faltas ú error de otra existencia,
nos castiga y nos hace padecer.

Vosotros sóis el eco de la gloria,
que ilustra acaso de la propia historia
el lejano existir,
la recompensa grata y lisonjera,
del bien que nuestro espíritu ya hiciera,
y del que hará en ignoto porvenir.

Vosotros sóis la queja dolorida,
que hijos, padres y hermanos de otra vida,
elevan con afán,
para que algún consuelo á sus dolores
mandemos con la luz y los vapores,
que viniendo del cielo, al cielo van.

El gemido, y el llanto de amargura,
que la amistad inalterable y pura
y el infinito amor,
que nos busca, nos llama, y nos espera,
allá en la alta región... en otra esfera,
por nuestra ausencia, vierten con dolor.

¡Dulces y á veces tristes mensajeros,
que la distancia recorréis ligeros,
entre un sol y otro sol,
de fulgores y sombras coronados,
y entre vagos fantasmas reclinados,
sobre nubes de nácar y arrebol!

Venid, cuando elevando la mirada,
que halla opaca la luz de esta morada,
á la etérea región,
con angustioso afán y ardiente anhelo,
pase las horas, demandando al cielo,
luz y gloria que sacie mi ambición.

¡Venid, cuando en la noche triste y solo
con el vil interés, y con el dolo,
cansado de luchar,
ahogando mis sollozos en el pecho,
ya sin fuerza, me arroje sobre el lecho,
para poder en libertad llorar!

¡Venid, cuando perdido en la montaña,
en selva agreste, en mísera cabaña,
me sienta fallecer,
asaltado por dudas tentadoras...
con el claro fulgor de las auroras
de otros cielos, sus nieblas á romper!

¡Venid, con vuestra célica harmonía,
dulces memorias en el alma mía
blandamente á evocar,
y con la tierna voz del que aún me ame,
y en otros mundos me recuerde y llame,
mi espíritu y mi fuerza á reanimar!

¡Venid á iluminar mi pensamiento
con la divina luz de ese portento,
velado aún para nos!
¡Venid, cuando mi frente palidece,
cuando entre escollos mil, mi pié tropiece,
de mi pasado á hablarme, y de mi Dios!

EL ECO DE UN POLACO

¿Dónde están los pendones arrogantes;
la noble enseña de la patria mía,
que salvara á la Europa en algún día,
arrollando las lunas y turbantes?
Hélos allí, no altivos ni ondulantes,
cual un Sobieski desplegar solía;
que hora los huellan con su planta impía
los que al mirarnos libres y triunfantes
nos dividieron en civiles bandos,
cual hora amagan la feráz Castilla.
¡Oh, nietos de Pelayos y Fernandos,
en Polonia aprended y en su mancilla;
burlad unidos la extranjera saña;
sed españoles y salvad la España!

VOS Y YO

—Yo soy más viejo que vos.
—¡Cómo así! Yo tengo ochenta,
y tú tendrás á lo sumo
veinticinco primaveras.

—No es más viejo el que más vive,
sino el que más siente y piensa,
ama, trabaja, produce,
medita, estudia y penetra.

Vos pasásteis vuestra vida
arrodillado en la iglesia,
á la fé sacrificando
entendimiento y conciencia.

Y yo, en perpétuo afanar
y anhelo, que nada templa,
adorando la verdad,
admirando la belleza,

Pidiendo á la inspiración,
demandándole á la ciencia,
y buscando allá en los cielos,
y rebuscando en la tierra,

Los medios de hacer dichosos
á los que viven en ella,
ó á lo menos de calmar
con hechos y con ideas

De libertad y justicia,
de virtud y fortaleza,
que de las almas esclavas
rompan las férreas cadenas,

Con que error y fanatismo,
las oprimen y atormentan;
las desventuras y males,
los dolores y las penas,
que convierten en infierno,
este mísero planeta.

¡CARIDAD!

Niño que vas errante
por la espesura,
descalcito y llorando,
con amargura,
dáme la mano,
¡que aunque nunca me has visto,
yo soy tu hermano!

No tengas de mí miedo;
vente conmigo,
que mi hogar, aunque pobre,
te dará abrigo;
que ropa, lecho,
y pan, no han de faltarte
bajo su techo.

¡Ven, querubín hermoso,
ven á mi choza,
que alegre y limpio en ella,
todo alboroza;
y tus dolores,
pronto hallarán consuelo,
entre sus flores!

LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO

SOBRE LOS APÓSTOLES

Espíritu creador, foco de vida,
peremne manantial de amor y gloria,
de esperanza inmortal y bendecida,
alma del Universo, de quien eres
el eje y el cimiento
y de divino y portentoso modo
la forma y el color y el sentimiento;
¿cómo cantarte á tí que lo eres todo?
¿Cómo, aunque el corazón enardecido
se abrase en tus amores,
y el labio anhele sin cesar un himno
de respeto, de asombro y de loores
elevar hasta tí nunca pudiera
algo, que digno de escucharse fuera,
un hijo de este valle de dolores?
¡Oh, gran Dios, quién me diera
el arpa de Ezequiel y de Isaías,
la voz de Jeremías,
y de Moisés los ecos tronadores!

¿Qué voz humana
puede tan sólo pronunciar tu nombre?
Ante tu inmensa majestad, el hombre
apenas si cual átomo aparece;
te invoca, y sorprendido,
en el mar de tu gloria confundido,
sin dejar rastro alguno, desparece.
Espíritu inmortal, fin y principio
de todo lo creado,
al hombre no le es dado
sino humillarse á tí para adorarte,
verte en la viva luz y en las tinieblas,
en la flor, en el íris y en las nieblas,
en el mar y en los cielos admirarte
sentirte en su conciencia,
y en todo y siempre y sin cesar amarte.
¡Ay, si la voz pudiera
traducir en sonidos
lo que inventa la mente soñadora,
lo que en el corazón habla en latidos!
¡Con qué espresión tan alta y tan sonora,
inspirada y sublime, cantaría,
sin treguas ni descanso, noche y día,
el poder y grandeza que atesora
tu vivífico ser incomprensible,
y tu fuerza inmortal y creadora!
¡Cómo cantara yo tu soplo ardiente
impulsando la tierra

y haciéndola girar constantemente,
en torno de ese globo refulgente,
centro eternal de todo cuanto encierra;
tu poderosa mano sacudiendo
el mudo informe cáos por formarla,
el esplendor, la vida y la riqueza
de que plugo á tu gloria coronarla;
el amor con que vives y palpitas
en el alma del hombre,
de tu esencia inmortal, pura centella,
y en todo cuanto en ella
tiene forma y color, y voz y nombre!
¡Cómo cantara yo, fuente de vida
y manantial de gracia inagotable,
tu fuerza, tu poder incontrastable,
tu inspiración divina y prodigiosa;
tu fuerza impetuosa
sobre el riscoso Sinaí tronando
con ecos inmortales,
al pueblo de Israel rauda guiando,
en columna de fuego convertida,
á través de desiertos arenales;
corriendo en fecundísimos raudales
del arpa de David; iluminando
la mente de Jacob; fuerza prestando
y varonil arrojo y osadía
al brazo de Judit y de Debora;
castigando á la mísera Athalía;

llenando los desiertos de Judea
con la voz celestial grave y sonora
de Juan el precursor; ignea brillando
con nunca vista majestad y gloria,
con resplandor vivísimo y fecundo
en la mirada fúlgida y divina,
que sobre todo el que padece inclina
el Redentor del mundo;
corriendo con su sangre y su palabra
por todos los confines de la tierra,
fecundando los gérmenes que encierra,
sirviéndole de abono y de semilla
y bajando del cielo; ¡oh, maravilla
que asombra el alma y entorpece el labio,
convertida en torrentes
de luz, de amor, de caridad, de ciencia,
á iluminar las frentes
humildes, ignorantes é ignoradas,
de doce pescadores indigentes!
¡Oh, prodigio, oh, portento,
oh, misterio de amor inconcebible,
que al alma más feroz amar haría
al que siendo quien es, así nos ama!
¡Ay, si una chispa sóla de la llama
inspiradora, santa, inextinguible,
con que abrasaste el corazón amante,
alumbraste la mente,
y tornaste elocuente

y eficaz la palabra irresistible
del admirable apóstol de la gente,
¡oh, Espíritu Creador, por un momento
alumbrase mi activo pensamiento,
inspirase mi ardiente fantasía,
con qué fé y entusiasmo y valentía
recordara la hora
inolvidable, santa y bendecida,
por el verbo divino predecida,
en que con raudo vuelo impetuoso,
revestido de fuego,
y en tu gloria velado
porque tu ignoto resplandor no asombre,
para servir al hombre
descendiste á la tierra
á morar en las almas escogidas
de los que amantes á Jesús siguieron,
y su herencia divina recogieron;
y á esparcir por sus bocas bendecidas
de uno al otro confín de nuestro suelo,
la paz, la venturanza,
la fé, la caridad y la esperanza,
de otra vida inmortal allá en el cielo!
¡Cómo cantara yo si me inspiraras,
la poderosa voz de esos varones,
á todo el que la escucha comprensible,
arrastrando tras sí los corazones
con fuerza irresistible;

convirtiendo á millones
hombres de todas razas y naciones
á la fé de Jesús y á su doctrina;
y con sólo un acento,
y un lenguaje no más, hablando á todos
en celestial homilia,
á Parthos, Medos, Frigios y Cretenses,
á los de Cappadocia y de Pamhpilia,
¡Cómo cantara yo, ¡bellos prodigios
de amor y fé sincera!
su virtud y su gracia por do quiera
borrando de los males los vestigios,
dándole vista y voz al que naciera
privado de la luz, enfermo y mudo,
y volviéndole vida y alegría
á quien ya frío, inerte
é insensible dormía
entre los tristes brazos de la muerte!
¡Cómo cantara yo la heróica fuerza,
que no hay castigo ó seducción que tuerza
de los santos varones,
á quienes sabios en un punto hiciste;
su firmeza ejemplar é incontrastable,
serena, inimitable,
que incólume resiste
en sublimes trasportes de delirio
bajo el feroz azote de Tiberio,
de Nerón y Valerio,

á la persecución, al cautiverio,
al oprobio á la lucha y al martirio!
¡Cómo cantara yo la faz del mundo
con su acento apostólico y fecundo,
por tu palabra celestial cambiada;
las fratricidas luchas y la guerra,
hundida en los abismos de la tierra;
la esclavitud en libertad trocada,
y la densa tiniebla
del error desgarrada,
de un nuevo sol de paz y de victoria,
de justicia, de amor, de inmensa gloria,
que brillando fulgente á toda hora
la humanidad saluda alborozada,
el bello amanecer, la blanca aurora,
la espléndida y magnífica alborada!
Mas, ¡ay! mi labio rudo
de inspiración y de saber desnudo,
ni á formular siquiera acertaría
el preludio sonoro
de la bella y sublime melodía
de los divinos celestiales sones,
que necesario modular sería,
para poder con himnos y canciones
dignas de tanta y tan inmensa gloria,
¡oh, espíritu inmortal, santo y bendito!
cantar tu eterna, universal victoria
y tu poder supremo é infinito.

Al quererlo intentar estallaría
el arpa hecha pedazos en mi mano,
y el corazón del pecho saltaría
cansado y roto, de esforzarse en vano;
que ante el poder de la divina mente
todos sin excepción doblan la frente.
Al hombre no le es dado,
sea cual fuere su ciencia,
su genio, sentimiento é inteligencia,
escoger por asunto
de su cantar humilde y limitado
aquello que le admira y le sorprende,
aquello que le impulsa y no comprende,
lo que en todo, cual tú, vive, palpita,
se estremece y agita,
¡oh, espíritu creador, que amante imploro!
lo que, cual tú, es eterno, indefinible,
y por diverso y prodigioso modo
fin y principio, eterno, indestructible,
y vida y corazón y alma de todo.
No, lo que puede sólo el que te adore
y sin hallarte nunca en sí te sienta,
es, sofocando vanas pretensiones,
y admirándote en todas tus creaciones,
allá en su corazón alzarte un templo,
y saludable ejemplo
brindando á los que osados
fijen en tus perennes resplandores

sus ojos anhelando conocerte,
exclamar, repetir cada momento
con el alma la voz y el pensamiento,
con todo lo que siente, ama y respira;
astros, vientos y flores,
espíritus, perfumes y colores,
con la noche sombría,
con la bella y espléndida mañana,
con cuanto tu poder sostiene y cría,
con todo y siempre y sin cesar: *¡Hosanna!*

LA CIENCIA DE CURAR

Si los males que afligen á las almas
supiese yo curar, ¿qué más querría?
Superior á Esculapio, ceñiría
triunfal corona de laurel y palmas,
y empezara curándome la mía.

LA ESENCIA

Yo soy de todos los pueblos,
yo soy de todos los climas;
y yo absorbo, al respirar,
vida de todas las vidas.

No hay razón, ni inteligencia,
desarrollada ó exigua,
que su sombra y sus fulgores
no reflejen en la mía.

No hay sol ni estrella lejana
invisible á mi pupila,
que no mande irradiaciones
á la luz que me ilumina.

No hay sonido ó nota alguna,
aunque yo no la perciba,
que no resuene en el eco
de todas las harmonías.

Yo fuí antes, soy ahora,
y seré siempre; y cual prisma
que herido de un solo rayo
refracta luces distintas,

Sin cambiar jamás de esencia
todo en mí cambia, se abisma,
nace, muere, reaparece,
se empaña, y se agranda y brilla.

Pues todo dá y todo toma
en emanación continua;
y se funde, y se transforma,
y se eleva y se sublima,

Siempre diverso y el mismo,
y uno y múltiple se admira,
en todo lugar y tiempo
de su marcha indefinida;

Que lo mismo que en la tierra,
cuanto vivió, vive y viva,
en el grandioso Universo,
es de la esencia divina.

A MI MADRE

¡Cómo madre del alma, madre mía,
en este de recuerdos triste día,
no recordarte á tí,
y enviarte, á la célica morada,
en que anhelante esperas mi llegada,
cuanto al nacer me diste, y vive en mí!

¡Cuanto al riego del llanto en mí florece,
insuficiente y poco me parece
á probarte el amor
que guarda para tí mi pecho exhausto,
y á ser por tí ofrecido en holocausto
ante el eterno trono del Señor!

Cada año que pasa, cada instante,
me acerco á tí y estoy menos distante
de volverte á brazar,
y de enjugar con besos amorosos
las lágrimas, que en duelos silenciosos,
nuestra ausencia, te obliga á derramar.

VISTA-HERMOSA

Vista-Hermosa, Vista-Hermosa,
antigua y modesta casa,
en que corrieron los años
de mi soñadora infancia;

y á la que buscando ansioso
olvido, descanso y calma,
he vuelto, á morir acaso,
tras ausencia triste y larga.

Bendito sea el jazmín
que tu reja y muro enrama,
los naranjos de tu huerta,
los festones de tus parras,

los corpulentos cipreses,
que entrelazados se abrazan
y con su sombra protegen
tus lindas escalinatas;

los almendros y granados,
que flores rojas y blancas
arrojan en la alameda
para alfombra de mis plantas;

las aves de quien tú eres
la bella y cómoda jaula,
y que un perpetuo concierto
en tus tejados levantan;

las azucenas y lirios
y las rosas perfumadas,
que el aire que te circunda
purifican y embalsaman;

y las yedras trepadoras,
los heliotropos y palmas
que al resplandor de la luna
en tu azotea se abrazan.

Bendito, bendito sea
todo cuanto á ver se alcanza
desde tus altos jardines
y tus floridas ventanas.

El lindo pueblo posado,
como una paloma blanca,
entre bosques de olivares
ante tí sobre la playa;

la vega que te rodea,
verde, fecunda, lozana,
de frondosos naranjales
y hermosas huertas poblada;

el río que lento corre,
bañando casi la falda
del monte, al pie del que duermes
entre flores reclinada;

los bergantines veleros,
los vapores y las barcas
que rápidos se deslizan
sobre sus olas de plata;

y la ciudad rica y bella,
llena de esplendor y gracia,
que sobre un trono de flores
en la orilla colocada,

llevando sobre su frente
por joyel su alta Giralda,
y por ceñidor airoso
sus fortísimas murallas;

cual amorosa sirena,
cual arrogante sultana,
un canto de amor y gloria,
sin cesar escucha ó canta.

Vista-Hermosa, Vista-Hermosa,
antiga y modesta casa
en que corrieron los años
de mi soñadora infancia.

No, no hay palacio en el mundo
por el que yo te cambiara;
tan hermosa me pareces,
tan dulces recuerdos guardas,

dulces recuerdos, memorias
que por doquier me ocompañan,
que en los pueblos más distantes,
en las tierras más lejanas

han brillado como un faro
en la revuelta borrasca
ante los ojos velados
tantas veces por mis lágrimas.

Y que me han vuelto á traer
tras ausencia dilatada,
tras largos años de anhelo,
de trabajos y desgracias,

de luchas y de dolores
á soñar como soñaba,
al despertar á la vida
cuando ya voy á dejarla.

PESIMISMO

¡Que estás desesperado! ¿Y qué le importa
tal noticia á la triste humanidad?
Para cantar la duda, más valiera
que dejaras el arpa descansar.

¡Hartas sombras, tormentas y ciclones
conturban ya su atmósfera y su mar,
para que con tu aliento, nuevas nubes
vengas en su horizonte á amontonar.

¡Sarcástico cantor, qué poco piensas,
aunque ensalcen tu musa y tu cantar!
En tus cantos la hiel sólo rebosa,
no aciertas á escribir sin profanar.

Canta la luz que innunda tierra y cielo;
y la fé de la ciencia, y la verdad;
si no quieres en vano tus cantares
por el aire y sin eco dilatar.

Canta el amor y la esperanza cierta
del divino y eterno más allá;
ó deja, trovador, en paz tu musa,
y aprende, que no es fácil, á callar.

EMULACION

Abreme tus tesoros codiciados,
muéstrame los riquísimos joyeles
que, enlazados con mirtos y laureles,
dentro del corazón llevas guardados.

Deja que admire y toque los dorados
finísimos engastes en que fieles
cien triunfos, tus artísticos cinceles
con gloria y luz dejaron entallados.

Deja que los contemple, y nada temas
aunque en cintura y brazos, cuello y frente
los prenda y me los ciña, reverente,

Como broches, collares y diademas.
No temas, que si quiero contemplarlos,
es ansiando, no más, centuplicarlos.

OPTIMISMO

Me dices «que cual yo vivo
no vive nadie en la tierra;
y que utopias imposibles
son tan sólo mis ideas

de libertad y trabajo,
de justicia y de clemencia,
y sobre todo de amor,
de paz, de esperanza cierta

en la eternidad, que alcanza
cuanto el universo encierra,
y en el progreso infinito
que en sí toda cosa lleva.»

Como véis, siempre os escucho
con atención y paciencia,
pesando vuestras razones,
por si aceptarlas pudiera.

Pero en vez de convencerme,
lo que sólo alcanzan ellas
es afirmar mi opinión
y prestar aún mayor fuerza

á la convicción profunda,
que toda mi alma llena,
de que el bien es el objeto
y el fin de toda existencia.

Que el mal es sólo una sombra
temporal y pasajera,
en vez de extraña á la luz
producida por la intensa

refracción de su fulgor,
y por lo tanto, hija de ella.
Que el mal es sólo ignorancia,
falta sólo de experiencia,

porque lo que Dios no pudo
hacer, es que de él saliera,
siendo la suma bondad,
siendo la ciencia suprema,

algo que fuese contrario,
que semejante no sea
al tipo de perfección
de amor y de inteligencia



que está ingénito en su sér,
que en su creación se revela,
y que es el divino sello
que su mano impresa deja

en las obras admirables
que continuamente crea;
y en las que padre y autor,
aunque evitarlo quisiera,

en múltiples gradaciones,
con formas siempre diversas,
su unidad indivisible
se reproduce y refleja.

Así, amigos, lo que sólo
que añadir ahora me resta,
para dar contestación
bien explícita, completa,

y de una vez para todas,
á las palabras sinceras,
á las graves reflexiones,
á los cargos y á las quejas,

que os agradezco en el alma,
y vuestro afecto me prueban,
pues en convencer tan sólo
los que bien aman se empeñan,

es que aunque nadie en el mundo
cual yo pensara, aunque fuera
mi opinión contraria á todas
las que existen en la tierra,

mientras la encontrase justa,
mientras la encontrase buena,
y probase al practicarla
su justicia y conveniencia,

nada ni nadie alcanzara
con persuasión ni con fuerza,
con alhagos, ni sofismas,
á cambiarla ni á torcerla.

Que aunque todo el universo
humilde culto rindiera
al error y á la ignorancia,
que es el mal, la sombra densa

que del sol de la verdad
aun cubre la faz excelsa,
produciendo cual fatales
y obligadas consecuencias

la ambición y la codicia,
las discordias y la guerra,
la nefanda tiranía,
la agresión y la miseria,

y el estéril egoismo
que tras su infecunda huella
va dejando un negro rastro
de abusos y de tristezas,

yo solo en contra de todos,
con decisión y entereza,
aunque un empeño risible
y hasta loco pareciera,

aunque el poder descargase
sus furias en mi cabeza,
y aprestase para herirme
su dogal y sus hogueras,

con mi voz y con mis actos,
con incansable vehemencia;
sin cesar protestaría
del abuso de la fuerza,

que degrada y envilece
al esclavo como al déspota;
y de todo el gran cortejo
de vicios y de miserias

que dél nacen y á su sombra
se fortalecen y enjendran:
desamor y servidumbre,
adulación y pereza,

vil engaño, torpe envidia,
hipocresía siniestra,
crueldad, soborno, mentira,
ciego orgullo é impudencia;

y tantas otras pasiones
aun más dañosas y feas
que con mefítico aliento
y miasmas deletéreas,

con ejemplos contagiosos
y con letal influencia,
á la familia y al pueblo
y á la humanidad enferman.

TODO ES VERDAD

Tout s'epanouit pour la tombé.
Il n'est rien de vrai, que le Ciel.
J. Reboul.

Todo es cierto y verdadero.
La mentira, en nada existe.
Que por no ser duradero,
no ha de llamarse embustero
lo que varias formas viste.

Lo que es perpétuo en la esencia,
y en el exterior mudable;
lo que hoy nada en la opulencia,
y brilla en la inteligencia,
y mañana es miserable.

Lo que ayer fué insecto ó flor
y hoy es arbol, fiera ó ave.
Lo que es lucha y es dolor,
y será placer suave,
gloria, alegría y honor.

Todo es cierto: la mentira,
no ha podido hacerla Dios;
el que lo dice delira,
ignora, si bien se mira,
que el uno, es cinco y es dos.

Que todo está en todo, y es
al par diverso, y lo mismo;
que extremada ó del revés,
la virtud es egoismo.
y la bondad interés.

Que todo es justo y es bueno,
conveniente y necesario.
El claro sol, como el trueno,
y la miel como el veneno,
y el cuervo como el canario.

Que verdad es, cuanto encierra
el orbe, en su inmenso velo;
vida y muerte, y gozo y duelo;
bien y mal, y paz y guerra;
y la tierra, como el cielo.

Que el cielo y la tierra son
como todo, un elemento,
que no existe en la creación,
más que un sér, un movimiento,
una ley, y una impulsión.

Que todo es santo y bendito,
progresivo y creador;
que todo es vida y amor...
y que todo es infinito,
y eterno, como su Autor.

MI FAMILIA

Al releer las páginas dolientes
en que grabásteis vuestra triste historia,
nobles poetas, genios eminentes,
mártires del dolor y de la gloria,

De vuestras almas siento mi alma hermana,
y siento vuestras penas en la mía,
y cual sufrísteis, el sufrir me ufana,
y es llorar, cual vosotros, mi alegría.

Que en vuestros cantos sólo el eco hallo
de mi sentir vivísimo y profundo,
del pensamiento audaz con que batallo
¡ay! desde que á cantar vine á este mundo.

Y esto, que somos, dice á mi conciencia,
miembros de una familia, hora esparcida,
que tras el reluchar de esta existencia,
han de volver á unirse en otra vida.

ACTIVIDAD

Que en el certamen de la eterna idea,
no lleva la corona,
quien legítimamente no pelea.

CALDERÓN.

L'homme est ici bas, pour
agir; plus il agit, plus
il remplit son but

THIERS.

¡Sentir, pensar, crear!... triple corona
de gloria y bendición,
que el humano trabajo galardona,
cuando cumpliendo su especial misión
el sér se purifica y perfecciona
en el fuego sagrado de la acción.

Llenar de bellas obras la existencia,
inventar, producir,
en la industria, en el arte, ó en la ciencia,
y poder al lejano porvenir
aumentada dejar la rica herencia
que nos legó el pasado,—¡eso es vivir!

Esa es la vida digna y meritoria,
que debe apetecer
quien anhela dejar brillante historia
y en otros mundos de suprema gloria
el premio á su trabajo recoger.

Que la acción equilibra y desarrolla
la fuerza y el vigor;
centuplica la luz, funde y arrolla
las mefíticas nieblas del error;
de toda esclavitud rompe la argolla,
y todo mal convierte en bien y amor.

Que la acción desenvuelve la energía,
exalta la virtud,
transforma la tristeza en alegría,
la vejez en perpetua juventud,
la mundanal discordia en harmonía,
y hasta el tedio mortal cambia en salud.

Que el que produce y obra en incesante
fecunda actividad,
y en sus hechos refleja, en cada instante,
de su Autor la potencia y majestad,
dichoso y dando dicha, amado, amante,
es el que sólo vive en la verdad.

Es el que sólo justo é inspirado,
glorioso y triunfador,
de inmarcesibles lauros coronado,
á la humana flaqueza superior,
cumpliendo el fin para que fué creado,
rinde culto divino al Criador.

¿POR QUE ME OCULTO?

¡Ay, si yo fuera un sol, si yo pudiera
vida, color, perfume y dicha dar
á la más débil flor de la pradera,
nunca mis resplandores en la esfera
dejaran de brillar!

Pero siendo no más nube sombría
precursora de ronca tempestad,
por no robarle al campo su alegría,
tras alta cima, solitaria y fría,
oculto mi temible obscuridad.

ANACAONA

¡Voy á morir!... tu compasión no imploro;
el tigre carnicero no la tiene...
¡No me verás verter cobarde lloro:
que á darme libertad la muerte viene!

Con infame traición y torpe engaño,
respondiste á mi noble confianza...
sólo trabaja mísero en su daño,
aquel que contra el cielo piedras lanza.

¡Tiembla! El que ha de temblar, es el que mata,
no el que sucumbe resignado y fuerte,
que en castigo de aquella que arrebata,
su vida en un infierno se convierte.

En los remotos tiempos, tu memoria
maldecida será, será execrada,
en tanto que mi triste honrada historia
será compadecida y respetada.

Las gotas de mi sangre de tu frente
nunca podrás borrar, porque el destino
justo venga á la víctima inocente,
con el crimen marcando al asesino.

Compadezco á la patria, que el sér diera
á un monstruo como tú, y ¡ay! á la mía
la compadezco aun más, porque cayera
bajo tu vil y horrenda tiranía.

¡Tierra amada del sol! ¡Patria adorada!
Te dejo moribunda, bajo el yugo
de hombres fieras, de raza despiadada
que el mar trajo hasta tí, porque á Dios plugo.

Te dejo herida, mancillada, esclava
de aventureros sórdidos, feroces,
sin religión, sin ley, honor, ni traba,
sin otro Dios que el oro, y que los goces.

Que á traerte no vienen luz ni ciencia,
sino solo á robarte tu tesoro,
tu libertad, tu incólume inocencia,
y al ahogarte, á mofarse de tu lloro.

No les dés el perfume de tus brisas,
ni el suavísimo arrullo de tus palmas;
niégales de tus flores las sonrisas...
que en tu suelo no encuentren paz ni calmas.

¡Que en tus vírgenes bosques, rayo y trueno
y abandonada muerte hallen tan sólo;
y en tus lagos y ríos sangre y cieno,
y en tus playas los témpanos del polo!

¡Encubre de tu cielo los fulgores,
abre el cráter voraz de tus volcanes,
aplasta con tus montes entre horrores
á esos pigméos, que se creen titanes!

Mas no... de ser no dejes nunca hermosa;
y al seguir el impulso que te anima,
sé siempre hospitalaria y generosa,
aun para el que te ofenda y más te oprima.

Sé siempre heróica, noble, compasiva,
que el reinado del mal es pasajero,
y siempre queda la memoria viva
del que fué grande, justo y verdadero.

Tú lo fuíste y lo eres; largos años
de abyección y dolor, y amargas penas
envuelta pasarás, en los amaños
de ese tropel de víboras y hienas;

Mas rica de experiencia, ennoblecida,
coronada de gloria y sufrimiento,
de tu derecho armada, y aguerrida
por la incesante lucha y el tormento,

Con que te habrán probado los tiranos,
que hoy huellan con escarnio tu cabeza,
y en tus entrañas, sus sangrientas manos
hunden Haití manchando tu pureza,

Querrá el cielo piadoso, que algún día
al ser más que ellos sabia y prepotente,
con indomable esfuerzo y valentía,
libre tornes á ser, é independiente.

. . . .

Dijo así la heroina americana,
y hacia el suplicio caminó, lanzando
mirada de desprecio soberana,
sobre el tercio español, y sobre Ovando.

«FA ET SPERA»

¡Voy á morir! ¡Al borde de mi tumba
he despertado, al fin, del largo sueño
en que he pasado mi doliente vida,
y al mirarla y mirarme me avergüenzo!

¿Qué he hecho yo? ¿Qué alto fin he conseguido?
¿En qué ó cómo he pasado tanto tiempo?
¿En dónde están las obras de mis manos,
las obras de mi activo entendimiento?

¿Qué angustia, qué dolor he consolado?
¿A qué noble virtud serví de ejemplo?
¿Qué dichas, qué placeres y qué glorias
he dado á los que todo se lo debo?

¿Qué paso he avanzado en esa escala
de perpetua ascensión y de progreso,
que de un mundo á otro mundo, suspendida,
unifica y enlaza el Universo?

No lo sé; nada sé. ¡Confuso caos
de obscuridad y luz es mi cerebro,
y un insondable abismo de amargura
mi conturbado corazón enfermo!

¡Cuánto he soñado... cuánto! Creo que sólo
delirar y soñar es lo que he hecho;
¡y vivir esta vida sin vivirla...
cual si la vida fuese sólo un sueño,

Desdeñando en el mundo cuanto he hallado,
pareciéndome todo muy pequeño,
y aspirando á supremos ideales,
imposibles de hallar en este suelo!

¡He pasado los años de existencia,
que á mi rebelde espíritu impusieron
cómo castigo y prueba en este mundo,
por ambicioso acaso y por soberbio!

¡Ay! ¿Qué fué mi niñez? ¡Aún me estremezce
recordarla, gran Dios! ¡¡Tristeza y duelo,
contrariedad y represión y estudio,
y soledad continua y aislamiento!!

¿Qué fué mi juventud? ¡Esclavizada
á deber penosísimo y austero,
fué una lucha cruel, insostenible,
que al par rindió mi espíritu y mi cuerpo!

¡Un sentir vehementísimo cohibido,
una explosión mortal del pensamiento,
un insaciable afán de luz y ciencia,
de ver y poseer lo grande y bello!

¿Qué es hoy mi edad madura? ¡Deslumbrada
mi oscilante razón, á ver acierto
sólo en ella pecados y castigos,
nulidad, impotencia y escarmientos!

¡Si esta lección, durísima y severa,
aprovechada, ¡ay, Dios! fuese á lo menos...
si en esta breve vida que me queda
lograra conquistar honroso puesto

Entre el heróico ejército de mártires
que dejaron al mundo su alto ejemplo,
vivir podría menos desgraciado,
¡morir ya más tranquilo y más contento!

A UN PRISIONERO... DE ESTADO

¡Pobre príncipe! esclavo,
ligado y preso
en cadenas de oro,
¡te compadezco!
pues lo más grato
que ofrecer puede el mundo
nunca has gozado.

La libertad preciosa,
la independencia,
el cultivo del arte
que el alma eleva,
y los amores
espontáneos que unen
los corazones.

Cuando desde la almena
de tu alto alcázar,
ó desde tu carroza
muelle y dorada,

en la campiña
ó en las calles y plazas
fijas la vista;

Si en el monte, en el bosque,
cerca del lago,
apoyado en su arpa
miras al Bardo,
no le desdeñes,
que es más que tú dichoso
mil y mil veces.

Si ante el muro soberbio
que te resguarda,
por el pueblo aclamado
preludia y canta,
óyelo atento,
que es su voz inspirada
eco del cielo.

Si á tu paso lo encuentras
en los salones
ó en el templo de Erato,
ríndele honores,
que el rey del arte,
iguala y aun supera
al rey más grande.

Que aunque no tiene joyas,
trenes, palacios,
ni le cercan enjambres
de cortesanos.
en cambio, vive
sin temor, ni asechanzas,
honrado y libre.

Vaga solo y errante
de pueblo en pueblo;
no posee ni ambiciona
campos ni siervos;
y como el ave,
su blando nido esconde
entre el ramaje.

Pero brisas y arroyos,
fuentes y soles,
pajarillos y estrellas,
yerbas y flores,
cantos, guirnaldas,
colores y perfumes
le dan sin tasa.

Pero con sus endechas,
á la alta dama
y á la humilde pastora
rinde y encanta;

y con sus himnos,
valor infunde ó miedo,
á su albedrío.

Al mundo arranca
continuo aplauso,
y triunfales coronas
ciñe á su paso.
Y ante sus plantas,
la multitud arroja
lauros y palmas.

Todo lo abarca
su pensamiento,
y su espíritu grande
de todo es dueño.
Y donde quiera
que alza la voz y canta
domina y reina.

Su arpa y su pluma
el regio cetro
son y á los hombres
fija los tiempos;
el igneo rayo
con que al héroe corona
hunde al malvado.

Que con sonoros versos,
su docta rima,
dando ó quitando gloria
premia y castiga;
y en lo futuro
sin él vivir no puede
hombre ninguno.

Y es el cantor modesto,
el vate humilde,
el sabio respetable
que pobre vive;
que sin abrigo,
vaga, y á veces muere
desconocido.

Es Virgilio ú Homero,
Dante, Herculano,
Tito Livio, Camoens,
Cervantes, Tasso;
quizás alguno
de esos que con su idea
cambian el mundo.

¡Pobre Príncipe esclavo!
¡Cuánto te engañas,
si orgulloso imaginas
ser de otra raza,

y ser más grande,
que aquellos á quien hizo
Dios inmortales!

Necios aduladores
podrán decirte
que vales más que todos,
que eres sublime,
que tu corona,
con su fulgor alumbra
todas las zonas.

Aprende á conocerte,
ya que no alcances
á ser menos que eres
vulgar y fragil;
y no los creas;
NO OCUPÁRAS UN TRONO,
SI ALGO VALIERAS.

POR TÍ

Héme aquí: ansioso, amante, á la arboleda,
envuelta en sombra ya, vengo á buscarte,
en esta hora silenciosa y queda,
en que la luz á otro hemisferio parte.

Vano placer, animación, ruido...
todo por tí lo dejo; que te amo,
sér invisible, y para mí querido,
á quien invoco sin cesar y llamo:

y por sentir en torno de mi frente
revolar tu divino pensamiento;
y aspirar con delicia en el ambiente
el celestial perfume de tu aliento;

y dentro de mi alma y de mi pecho
tu alma sentir; y en dulce desvarío,
y abrazados y en lágrimas deshechos,
latir al par tu corazón y el mío;

diera cuanta alegría, y goce y oro
guarda la tierra entre su vil escoria;
que para aquel que adora cual yo adoro,
es su inmortal amor, la única gloria.

¿LO SABES TÚ?

Luce, brilla, deslumbra, triunfa, mata,
y olvidada de mí, y entre placeres
y bulliciosos juegos, y quehaceres
fútiles, sé á mi amor esquiva é ingrata.

No me importa: mi alma se arrebata
sólo al pensar en tí, que dueña eres,
de vida y corazón, y á lo que quieres
sin esfuerzo la pliegas y la atas.

¿Sabes por qué, señor y siempre dueño,
y siempre vencedor y siempre bravo,
por tí vencido, humilde y ya sin ceño,

te sigo encadenado como esclavo?
¿Sabes dí, por qué gimo y por qué lloro?
¡Dí, si lo sabes, por que yo lo ignoro!

RECUERDOS

I

¡Ay, quisiera llorar! Sé que tú lloras,
y aunque en la fe del corazón no creas,
quisiera en esas horas
ser feliz, infeliz, ó lo que seas.
F. S.

No te veo, es verdad, pero te siento
en tus versos latir;
y al cantarlos, paréceme en mi acento
tu mismo acento oir.
Tu espíritu y mi espíritu se entienden
y se hablan sin cesar;
que á través de la muerte se comprenden
los que saben amar.
¡Llorar, sufrir! ¿Por qué? Como yo vivo
sigues viviendo tú,
que triunfante y glorioso te percibo
entre mares de luz.
Cuando en la noche con afán y anhelo
pienso en tí con dolor,
convertido te miro allá en el cielo
en estrella de amor.

II

Sueño de mis insomnios, yo te ansío
en cuerpo y en espíritu, y por eso,
delirando te envío
un beso y otro... y otro... y otro beso.
F. S.

Tú con el pensamiento me besaste,
como llorando y con dolor cantaste
en triste trova, dulce y melodiosa;
y yo en pago del beso que soñaste,
ciento estampo en el mármol de tu losa.

Besos que da á tu alma el alma mía,
no mis labios, ya pálidos y secos;
besos, no de terrena simpatía,
ni de liviano amor, que de tu fría
tumba al través, te llevarán los ecos.

De mi cariño fraternal y puro,
de mi amistad inalterable y fuerte,
sólido lazo, inquebrantable y duro,
que en vez de desatar, con más seguro
nudo, al herirte, entrelazó la muerte.

SOLIDARIDAD

Mientras que exista en la tierra,
error, injusticia y dolo,
y en ella exista tan solo
un átomo de maldad,

No habrá paz, ni habrá ventura;
que cuando un miembro padece,
todo el cuerpo se estremece,
y siente la enfermedad.

La injusticia es un pecado
que á sí mismo se castiga,
al recoger en la espiga
el mal grano que sembró.

Al respirar la ponzoña
que con mano aleve exprime...
al dar derecho al que oprime,
de oprimir al que oprimió.

¿Quién la discordia produce,
sino la negra injusticia?
¿Y quién la venganza inicia,
sino su abuso cruel?

¿Quién engendra sino ella
la guerra y el pauperismo,
y el error y el egoismo,
que amamanta con su hiel?

Ella es la furia espantosa,
que salida del Averno
sostiene un combate eterno
entre nación y nación;

Que las campiñas asola,
que convierte las ciudades
en sentina de maldades,
en focos de corrupción.

Que la rapiña, el incendio,
el hambre, la peste fiera,
y la duda, por doquiera,
tras de sí lleva en tropel,

Unidas al fausto, al lujo,
á la molicie y al vicio;
que el borde del pricipicio
cubren con falso oropel.

Ella es el demonio fiero
indómito y rebelado,
á su culpa encadenado,
que se complace en el mal;

Y al que, si posible fuera,
escalar el firmamento,
arrancara de su asiento,
la bóveda celestial.

Ella es desorden y cáos...
porque es la ciega ignorancia,
de este mundo, aún en la infancia,
que desconoce la ley;

Que del átomo á la estrella,
todo lo enlaza y religa,
y que se impone y obliga,
al mendigo, como al rey.

Ley inflexible, divina,
que no cambia ni perdona,
que unifica y eslabona,
en mútua compensación,

Haciéndonos solidarios
en los bienes y en los males,
juntàmente á los mortales,
con toda la creación.

Ley, que si el hombre llegara
á practicar algún día,
la tierra convertiría
en un esplendente sol

De amor, de ciencia sublime
y de virtud meritoria,
donde brillara en su gloria,
el reino augusto de Dios.

Donde todos, siendo justos
por convicción y creencia,
su benéfica influencia
derramando por doquier,

Humanizando la planta,
el mineral y la fiera,
dicha cierta y duradera
llegaran á merecer.

Donde en fértiles campiñas
y en valles ricos de flores,
nidos de dulce amores,
sabia, contenta y felíz,

La humanidad, que en la duda
vive, entre luchas y duelos,
rasgando nieblas y velos,
rindiera á Dios culto, en sí,

En su nombre proclamando,
con la majestad sencilla
el ornato con que brilla
y convence la verdad,

Que viviendo todo en él,
y siendo el mismo y diverso,
no es el grandioso Universo,
más que una sola unidad;

Que en magnética cadena,
solidaria, indestructible,
lo palpable y lo invisible,
comunica sin cesar.

Que *todo* en *todo* se encuentra;
que los bienes y los males,
por partes justas é iguales,
á todos van á afectar

En mútuo obligado cambio,
reflejándose en la frente,
luminosa, inteligente,
del ignorante el error,

Y en la del fiero verdugo,
del asesino y tirano,
del que perece á su mano,
la inocencia y el candor.

En el rostro del más sano,
la palidez, los sudores,
las angustias y dolores,
del que no tiene salud.

La miseria del más pobre
en el fausto del más rico;
el más grande en el más chico,
y hasta el vicio en la virtud.

En la más feráz comarca,
la más inculta y desierta;
en la montaña más yerta,
el volcán en erupción;

En la tierra, todo el cielo;
y en toda humana conciencia,
la falta y la negligencia,
de toda generación.

Porque siendo igual la esencia,
que nos anima y sostiene,
y el foco de donde viene,
y á donde torna después,

Que repartido entre todos
solidario todo sea
y que nada se posea
con exclusión,—justo es.

A trabajar, compañeros,
amigos, hermanos míos,
con valor, con fuerza y bríos,
y sin descanso, en el bien.

Que aunque sea endeble la mano,
siempre el trabajo es fecundo.
A trabajar porque el mundo
se convierta en un Edén,

En que la mujer y el hombre,
el uno del otro en brazos,
unidos en santos lazos,
de inteligencia y de amor,

Funden la nueva familia,
y hagan que en la raza humana
la majestad soberana,
se refleje de su Autor.

Mientras exista en la tierra
error, injusticia y dolo,
mientras exista tan sólo
un átomo de maldad,

Ninguno será dichoso;
que un vicio todo lo vicia,
y la ley de la justicia
es la ley de la igualdad.

PARANGÓN

¡Bien haya el que sucumbe defendiendo
la razón, la justicia y la verdad!
Aunque viva en la cárcel ó el destierro,
aunque muera en cadalso ú hospital.

¡Mal haya aquél que indómito y soberbio,
por la intriga el poder logra asaltar!
Aunque viva opulento y envidiado,
aunque muera en el trono ó el altar.

El uno, bendecido por la historia,
glorificado, eterno vivirá.
El otro... el otro, execración y olvido
por todo galardón alcanzará.

Que la justicia eterna no se tuerce,
é infiexible reparte á cada cual
el premio ó el castigo que merecen
sus actos de virtud ó de maldad.

¡ADIÓS, MUNDO!

—¡La luz del último día,
que he de ver sobre la tierra!—
No he mirado otra ninguna,
que me parezca más bella.

¡Adiós, mundo! en tí he vivido
entre amarguras y penas,
siempre luchando, y sufriendo
sin cesar, terribles pruebas,

Hondos y agudos dolores,
y desventuras acerbas,
que antes de tiempo agostaron,
mi juventud, y mis fuerzas.

¡Adiós! sin terror ni duelo,
al salir de tu terrena
estancia, que de mi sér
ha sido prisión estrecha,

Que he regado, entre congojas,
fieros males y tristezas,
con el llanto de mis ojos
y la sangre de mis venas.

¡Oh mundo! ¡Cuna y sepulcro
de un día de mi existencia!
Ora al dejar, entre sombras
y fulgores tus riberas;

Al dejarte el pobre cuerpo,
que tomé de tu corteza,
y cual fecunda nodriza
con tu sustancia nutrieras,

Al volar á la morada,
en que renacer merezca,
y al darte el adiós postrero
á la vez triste y risueña,

Por tus severas lecciones,
por tus duras experiencias,
por lo que me has enseñado,
y he aprendido yo en tu escuela,

Por toda la luz divina
que ha visto mi inteligencia
desde tus altas montañas,
desde tus verdes praderas;

En tus mares procelosos,
en tus desiertos de arena,
y entre las flores y abrojos,
que cubren todas tus sendas;

Por todo lo que en tí he amado,
y soñado, de grandeza,
de glorias deslumbradoras.
y perfecciones excelsas;

Recibe, del alma mía
que amorosa te contempla,
y toda clase de bienes,
y venturas, te desea,

Como debido tributo,
y como segura prenda
de inalterable recuerdo,
y de gratitud eterna,

El puro y ferviente ruego
que á Dios por tu dicha eleva;
¡el cariñoso saludo,
y la bendición suprema!

LAS AURAS

¡Con qué placer respiro
las auras perfumadas,
que corren la pradera
con plácido rumor,
Cual dulces mensajeras
de la estación florida,
llevando entre sus alas
la vida y el amor!

—

¡Oh, cómo se dilata
mi pecho comprimido,
cuando sus blancas alas
rozan mi ardiente sién!
¡Con qué blandura agitan
mis húmedos cabellos,
jugando entre las ramas
del mirto y del laurel!

¡Cómo en mi mente aduermen
sus soplos cariñosos
de activos pensamientos
el incesante afán,
Y al corazón vehemente,
que late estremecido
le dán con sus murmullos
el ósculo de paz!

—

¡Cuántos ensueños dulces
en caprichosos giros,
envueltos en su aroma,
llevan en pos de sí,
Entre el inmenso coro
de las canoras aves,
que alegres las saludan
con su canto feliz!

—

¡Cómo, al sentir su beso,
murmuran y se agitan
las ondas del arroyo
el seno de la flor,
Y el sauce se doblega
y hasta el ciprés se inclina,
y todo cuanto vive
se cubre de esplendor!

—

¡Cómo del seno ardiente
de la fragante rosa
ligeras se levantan,
temblando de placer,
En locos escarceos,
vagando entre las flores,
las blancas mariposas,
estrellas del vergel!

—

Y la industriosa abeja,
y la pequeña oruga,
las fieras en los bosques,
los peces en el mar,
Al soplo misterioso
de sus rosados labios,
despiertan y renacen,
para vivir y amar.

—

Benditas seáis, lijeras
auras primaverales,
que con fecundo aliento
y harmónico rumor,
En pos de vuestra huella,
dejando fruto y flores,
corréis toda la tierra
cubriéndola de amor:

—

Mil veces, ay, benditas,
vosotras, que mi frente
cual bálsamo divino
venís á refrescar,
Con los suspiros blandos,
de cándidas violas,
de almendros perfumados,
de lirios y de azahar;

—

Jugando en mis cabellos,
dejando entre mis labios
el beso, que á la rosa
le manda el ruiseñor;
Trayendo á mis oídos
las vagas harmonías
del valle, del torrente,
del ave y de la flor.

—

Los ruegos y oraciones,
que en alas de los ángeles,
de día y noche ascienden
al trono del Señor;
Que luego convertidas
en bálsamo suave,
de amor y de consuelo,
al mundo vuelve Dios;

—

El hálito suave
de aquel jazmín querido,
que enrama el alto muro
de mi paterno hogar;
La ondulación sonora,
de la arboleda umbría,
á cuya sombra amiga
solía yo cantar;

—

La voz del arroyuelo
que riega mis vergeles,
y el sueño de mi infancia
purísimo arrulló;
El murmurar del río,
en cuya mansa orilla,
tantos ensueños dulces
mi mente acarició.

—

Divinas mensajeras
de la estación florida,
que del amor del cielo
le habláis al corazón;
Dejad sobre mi frente,
la voz del que os envía,
y el eco de mi alma
llevad á su mansión.

—

Llevadle los suspiros,
las lágrimas de duelo,
que triste y fatigado
derramo lejos de él;
Cual le lleváis el canto,
sentido de la alondra,
y el delicado aroma
del nardo y del clavel.

—

¡Benditas seáis, lijeras
auras primaverales,
que con fecundo aliento
y harmónico rumor,
En pos de vuestra huella,
dejando fruto y flores,
corréis toda la tierra
cubriéndola de amor!

—

Benditas seáis mil veces
vosotras, que mi frente
árdida y apenada
venís á refrescar
Con los suspiros blandos,
de cándidas violas,
con los recuerdos dulces,
de mi primera edad.

NATURA RERUM

¡Naturaleza hermosa, á tí se abre
mi alma, que admira y ama y reverencia
el fecundo esplendor de tu corona,
tu majestad divina y tu grandeza!

El frescor de las auras vespertinas
en mi abrasado corazón penetra;
y en mis ardientes labios y en mi frente
sus ósculos de amor impresos quedan.

El rumor de los limpios arroyuelos
que sobre el césped corren, me deleitan;
y olvido ó adormezco mis pesares,
trinar oyendo al ave en la floresta;

Escuchando el balido del rebaño,
la argentina campana de la aldea,
la canción del labriego que á su choza
de su rudo trabajo en paz regresa;

Mirando al sol hundir en Occidente
el vivo resplandor de su diadema,
contemplando las nubes de oro y grana
en que sus rayos últimos refleja;

Las tremantes estrellas que una á una
en el azul espacio centellean,
y al través del ramaje, la indecisa
luz de la blanca luna, suave y bella.

¡Naturaleza augusta, en tu fecundo
inagotable seno, mi sedienta
boca deja que ponga, y que sin tasa
vida y amor hasta saciarse beba!

¡Astros del firmamento! ¡Extensos mares!
¡Altas montañas! ¡Apartadas selvas!
¡Populosas ciudades! ¡Gigantescos
monumentos del arte y de la ciencia!

¡Maravillas sin fin que el universo
en su infinita excelsitud encierra!
¡Naturaleza hermosa! ¡Madre mía!
En tí vivo y por tí. ¡Bendita seas!

GLORIA Á DIOS

Cœli enarrant gloriam Dei. In omne terram exivit sonus eorum. In sole posuit tabernaculum sum.

Ps., XVIII.

Después de penosos días
de enfermedad y cansancio,
hoy, ya más fortalecido,
por fin he salido al campo.

Que con las primeras galas
de primavera adornado,
ha parecido á mis ojos,
que ansiaban el contemplarlo,

Tan hermoso como siempre;
más, si cabe, pues los años
y los días, que mi frente
van poco á poco arrugando,

Me han enseñado á estimar
cada vez con más exacto
conocimiento, y respeto
más profundo y más sagrado,

La belleza y la harmonía,
la atracción y los encantos,
la fecundidad inmensa,
la unidad y aspecto vario

De los cielos y la tierra,
de todo cuanto ha creado
el gran Dios, que en sus criaturas
vive y se revela amando.

Al respirar en el aire
el perfume suave y casto
de las primeras violetas
y de los primeros nardos,

He sentido dilatarse
alegre y con gozo extraño
mi corazón, que hace tiempo
de placer no ha palpitado.

Me he sentido ágil y joven,
y como un niño saltando
sobre la menuda yerba
recién nacida en el llano,

He saludado con risas,
con besos y hasta con llanto,
abrazándome á sus troncos
y acariciando sus ramos,

A los erguidos almendros,
todos vestidos de blanco;
á los rojos alelíes,
á los lirios azulados;

Y dejándome caer
con religioso entusiasmo
ante el sol que la pradera
calentaba con sus rayos,

No encontrando en torno mío
nada más grande y más santo
que su luz viva y fecunda,
en él á Dios he adorado.

Á ALGERNÓN SYDNEY

HIJO DE ROBERTO, CONDE DE LEICESTER

DECAPITADO EN LONDRES EL 7 DE DICIEMBRE DE 1683

Tocad mi pulso; no late más precipitado ni fuerte que de ordinario; y, gracias á Dios, nunca he estado más tranquilo y sereno que en este momento.

(Palabras de Sydney al subir al cadalso.)

Hijo de grande, tú mismo
grande, con noble heroismo,
por la santa libertad,
de la muerte en el abismo
te hundiste con majestad.

Porque los pueblos sin yugo
vivieran libres y sabios,
superior á los agravios,
tendiste el cuello al verdugo
con la sonrisa en los labios.

Que el despotismo en su encono
negro y vil, nunca perdona;
y al que su maldad pregona,
da un patíbulo por trono
y un hacha da por corona.

¡Dos siglos há en este día,
después de larga agonía,
sangriento, martirizado,
por el dolor sublimado,
bajaste á la tumba fría!

Bajaste para subir
por escala celestial,
después de vencido el mal,
con los héroes á vivir.
¡Gloria á tu nombre inmortal!

¡Gloria al libro en que dejaste
impresa la grande idea
que del derecho formaste,
y que á todo el que lo lea
dirá que al morir triunfaste!

¡Gloria á tu ejemplo sublime
y á tu talento fecundo,
que hoy con respeto profundo
todo aquel que opreso gime,
recuerda y admira el mundo!

GEMIDO

Triste mi alma está; su llama oscila
cual si á extinguirse para siempre fuera...
late mi corazón, mi pie vacila,
ciegan mis ojos... y mi faz se altera.

Sin embargo, ¡valor! El vivo y fuerte
dolor que se retuerce aquí en mi seno...
permanezca en silencio hasta la muerte...
y que el rostro jovial esté y sereno.

Pliegue ni arruga en mi sombría frente,
ni suspiro en mi labio tembloroso,
revelen á quien mire indiferente
el secreto que guarda cuidadoso...

El secreto de duelo y de alegría
que entre angustias correr hace mi lloro,
que me inunda en placer, que me extasía,
y es mi luz, mi esperanza y mi tesoro.

En él quede por siempre sepultado,
como queda el cadáver tras la losa,
y que conmigo duerma, y, olvidado,
quede envuelto en mi vida dolorosa.

Que al terminar en breve, como espero,
á recordar ya nadie volverá;
y que, cual fuego fatuo y pasajero,
apenas rastro alguno dejará.

CONSEJOS DE UNA FLOR

¿Quién al mirarte tan pura,
quién al mirarte tan blanca,
sobre tu delgado tallo
columpiarte en la mañana,

Cercada de mariposas,
que anhelan libar tu ambar,
acariciada y mecida
por los céfiros y el agua,

Coronada de rocío,
llena de perfume y gracia,
linda y gallarda azucena,
no te adora y no te canta?

¿Quién eres tú? ¿Qué nos dice
tu penetrante fragancia,
con el lenguaje de aroma
que tus pétalos exhala,

Con el lenguaje elocuente
que desde que naces hablas,
sin eco para el oído,
pero con voz para el alma?

¿Qué te dicen en la siesta
los rayos que el sol derrama
en el seno virginal
de tu corola preciada,

La estrella resplandeciente,
la luna fúlgida y clara,
cuando en sus luces te inundan
allá en la noche callada;

El ave que te enamora,
el céfiro que te halaga,
y las ondas cariñosas
que tu belleza retratan?

—Lo que á tí, poeta amigo:
Que ame mucho, que me aman;
que aunque distantes estemos,
y en forma diversa y varia

Vivamos esta existencia,
preludio de otras más altas,
ellas flotando en los cielos,
fija en la tierra mi planta,

Ellas recorriendo el mundo,
yo en mi valle encadenada,
estrellas, ondas y flores,
aves, insectos y auras,

Son rayos de un mismo foco,
hojas de la misma rama,
y aunque en nada se parecen
han sido y serán hermanas;

Que todo toma de todo
la vida que le hace falta;
que el lucero y la azucena,
á través de la distancia

Con fulgores y perfumes
se comprenden y se hablan,
y mutuamente se influyen
y á la par á Dios alaban.

Y lo que yo á tí te digo,
cuando cerca de mí pasas;
cuando un beso depositas
sobre mi frente de nacar;

Es... que quizás, una hermosa
mujer viva en mí encerrada,
siendo indicios mi perfume,
de la bondad de su alma.

Que indiferente no pises
la yerba humilde y delgada;
ni el casi invisible insecto,
que sobre el polvo se arrastra;

Pues al par tuyo, poeta,
gozan, padecen y aman,
merecen, se desarrollan,
y de buena ó mala gana,

Progresando más ó menos,
según su estado y su casta,
por el camino obligado
de la perfección avanzan.

Que me imites... es decir,
que imites á las galanas
flores, que dán á los vientos
sus esencias delicadas,

Sin pensar ni reparar
en quien irá á respirarlas,
ni á dónde los vendabales
ó las brisas las arrastran;

Cuando modules tus cantos,
cuando pulsáres tu arpa,
cuando la verdad y el bien
pruebes, confieses, ó hagas,

Y que abierta tengas siempre
y á todas horas tu alma,
cual nosotras nuestro cáliz
á las mariposas áureas,

Al insecto y á la abeja
que lo muerde ó que lo mancha,
á todo aquél que sufriere,
por vivir en la ignorancia;

Y á quien puedas, dar consuelo
ó tan siquiera esperanza;
ya que no alcance tu ciencia,
tu ayuda ni tu palabra,

Ni tus cantares de amor,
ni tus compasivas lágrimas,
á disipar su tristeza,
ni á remediar su desgracia.

LA VERDADERA GLORIA

Y cuando llegue de la lucha el día,
tén fijo en tu memoria
que nadie sin tesón y alta porfía
pudo alcanzar las palmas de la gloria.
(*Quintana.*)

¡Qué bien dijo Quintana, el gran poeta
que á España envidiar deben las naciones!
No hay victoria completa
sin lucha, sin trabajos y aflicciones.
Sin verter sangre ó llanto,
sin que herida
el alma sea de mortal quebranto,
sin dedicar al bién toda la vida;
sin ser de esfuerzo y de bondad ejemplo,
sin convertir la tumba en santo templo,
donde de Dios el resplandor se mire
y el aura se respire,
de justicia, de amor, de ciencia y gloria.
Sin legarle á la historia
un nombre honrado y puro
de toda mancha, de borrón obscuro,

de ambición y egoísmo,
de mañera traición ó astuto dolo;
y en el que admire el Universo sólo,
un astro de virtud y de heroismo.

TU AMOR

Sin duda algún hechizo en tu mirada,
en tu hablar, en el roce de tu mano,
con poder absoluto y soberano,
¡ay, ha dejado mi alma trastornada,
Absorta, embebecida y encantada;
que en tí pensando sólo, piensa en vano
en alejar su pensamiento insano
de tí, que eres su ambiente y su alborada.
Que alejada de tí, vive sin vida,
en disgusto mortal y en tedio hundida
ó en anhelar perpétuo, delirante
Llamándote con voz triste y amante;
viendo brotar la sangre de su herida,
y muriendo de amor á cada instante.

YA TE CONVENCERÁS

Si dudas de mi amistad,
alguna vez, piensa entonces,
después que suenen los bronces
que canten mi libertad.

¡Ay, que al hacerte testigo
de su profunda emoción,
te probó mi corazón,
que eras tú su sólo amigo:

Que á tí no más en el mundo,
dijo ansioso lo que oiste...
y comprender no supiste,
aunque tu genio es profundo;

Y que tan triste le ha sido,
que de esta vida al salir,
tan sólo habrá de sentir...
que no le hayas comprendido.

WORDS, WORDS, WORDS...

Dices que mueres, cual la yedra, asido
al pié del muro, que la vió nacer:
dices, que siempre fiel, tierno y rendido,
sabes amar, si llegas á querer...
¡Trovador, trovador! ¡Si no has mentido,
ven la fé de mi alma á recoger!

Mas, ¿dónde estás? — ¡Me llamas y te alejas...
no vienes, y te espero con afán!
¡No oyes el ¡ay! de las dolientes quejas
que al viento para tí mis labios dan;
ni entonas tu cantar ante mis rejas,
que siempre abiertas á tu canto están!

Sabes que sufro, y á saber si muero,
si ya muerte me ha dado tu canción...
la que repite en tono lastimero
mi labio y á la par mi corazón,
cual amigo ó cumplido caballero,
¡no te acercas siquiera á mi mansión!

Y aquí yo en tanto, que á otra gloria aspiras,
día y noche, pensando siempre en tí,
darte quisiera el bien porque suspiras;
y ¡ay, quisiera! tal es mi frenesí,
que hasta la luz y el aire que respiras
te viniese de mí... ¡sólo de mí!!

CONFIDENCIA

Esa voz que á deshora
rasgando el viento,
con la luna penetra
en tu aposento,
es la voz mía,
que anhelante te llama
de noche y día.

Esa sombra que miras
hora tras hora,
desde que el sol se oculta
hasta la aurora,
bajo tus rejas,
es la sombra del bardo
que da estas quejas.

Esas flores que á veces
hallar te espanta,
cual si fuesen nacidas
bajo tu planta,

al despertarte,
yo las riego con llanto,
para agradarte.

De las tiernas endechas
que canto triste,
de los negros colores
que el alma viste,
pues que tú quieres
saberlo, óyelo y sabe:
la causa eres;

que para mí lo es todo
tu amor, que anhelo,
que sin él, ni aún me place
subir al cielo;
que he de alcanzarlo,
ó muero y tú me matas
sin sospecharlo.

LA ESTRELLA DE LA TARDE

—¿Qué esperas, hermosa niña,
aquí tan sola en el valle,
á la orillita del río,
sentada bajo los sauces?
—Espero con dulce afán
á la estrella de la tarde,
para hablarle de mi amor
y contarle mis pesares;
y aguardo que el sol se esconda
detrás de esos olivares,
para que ostente en el cielo
sus resplandores suaves.
—¿La quieres mucho?
—La quiero
más que al aura y á las aves,
y á las blancas margaritas
que en estas orillas nacen.
—¿Y qué le dices al verla
tímidamente mostrarse
entre cl rojizo color

del crepuscular celaje,
blanca, serena, harmoniosa,
cual la sonrisa de un ángel,
ó como dulce promesa
de venturas inefables?
—Le digo que la amo mucho,
que ella sola puede amarme,
porque con tiernas miradas
leer en mi alma sabe.
Que es mi hermana, que es mi amiga,
que cuando la espero, late
ansioso mi corazón
cual si esperase á un amante.
Que dormida y desvelada
siempre contemplo su imagen
sobre un cielo de zafiro,
cual le admiro cada tarde.
Que estoy triste todo el día
hasta que pálida sale
recatada entre los pliegues
de su albo velo de encaje.
Que de mirarme no deje,
que nunca deje de amarme,
porque no tengo en el mundo
más que su amor que me ame.
Y que cuando el alma mía
en un suspiro se exhale,
divina estancia en su cielo

y á su lado le prepare.
—¿Y qué te dice la estrella,
niña hermosa, al escucharte?
—Que no llore ni me aflija,
aunque esté de mí distante
y los nublados me oculten
su luz modesta y suave.
Que tenga valor y fe
y que sufra sin quejarme,
que la vida es corta y pasa,
y lo que sólo es durable,
indestructible y eterno,
es lo bueno que se hace.
Que en vez de llorar sonría,
y cariñosa y afable,
le pruebe mi amor amando
á todos mis semejantes.
Y que, en fin, que la ame siempre,
que venga todas las tardes
á esperarla aquí en el campo
cantando bajo los sáuces.
Y que si á Dios se lo pido
por premio de mis afanes,
iré á dormir á su lado
en los brazos de los ángeles.
....

Dijo la cándida niña,
y con sonrisa inefable,

tendió los brazos al cielo
amorosa y palpitante,
al brillar en el espacio
tibios, blancos y tremantes,
los misteriosos fulgores
del primer astro que sale;
al sentir sobre su frente
el beso casto y suave
y los tímidos fulgores
de la estrella de la tarde.

LA DICHA DE ESTELA

—Dime, niña, ¿en qué consiste
que estés siempre tan contenta,
que nunca el pesar ni el llanto
tu mejilla empalidezca,
ni hiele la amable risa
que amorosa juguetea,
besando tus rojos labios
entre tus dientes de perlas,
viviendo sola en el mundo
y sin tener más riqueza
que una cabaña en el valle,
un rosal junto á tu puerta,
dos vacas en la montaña
y una barca en la ribera;
juventud y veinte Mayos,
y unos ojos que embelesan,
y un acento que enamora,
y un alma sencilla y tierna,
toda amor, toda ilusiones,
toda gracia é inocencia?

Toda turbada y confusa
alzó su gentil cabeza,
y fijando sus miradas
en mis miradas intensas,
dejando caer las flores
que á enlazar iba á su trenza,
mirándose en el espejo
del agua que sus piés besa,
con voz blanda y harmoniosa
respondió la rubia Estela,
roja como la amapola
conque en su regazo juega:
—Soy feliz: ¿por qué? lo ignoro.
Vuestras preguntas me inquietan;
pues qué, ¿acaso puede alguno
ser desgraciado en la tierra,
que Dios hizo tan hermosa,
tan fértil y tan risueña,
amando con toda el alma,
siendo amado con terneza,
trabajando con constancia
en lo que alcancen sus fuerzas,
prestando apoyo y consuelo
al que á reclamarlo venga,
teniendo fe y esperanza
en Dios y en su providencia,
y salud y libertad,
y juventud y pureza;

y una cabaña en el valle
de frescas rosas cubierta,
y un rebaño en la montaña
y una barca en la ribera?
Yo, á mi vez, doblé confuso
sobre el pecho la cabeza,
sin hallar ni una palabra
digna de tanta inocencia,
de candor tan envidiable,
de un alma tan pura y tierna;
y mostrándole mi frente
ardorosa y macilenta,
el surco que en mis mejillas
el llanto al correr hiciera,
la contracción de mis labios
y mi palidez enferma,
sólo un profundo suspiro
dando por toda respuesta,
perdiéndome entre las cañas
que coronan la ribera,
alejéme presuroso
de la hermosa y rubia Estela,
agitado, conmovido
y con febril impaciencia;
casi llorando de envidia,
de dolor y de tristeza.



ÍNDICE



Véndese esta obra en las principales librerías y en la Plaza de Santa Ana, 9, principal derecha, al precio de

2,50 pesetas

OBRAS DE DON SANTIAGO LÓPEZ-MORENO

Explicación de la República Federal. (AGOTADA).
El Angel de la noche. (AGOTADA).
Filosofía del amor. (SEGUNDA EDICIÓN). Un tomo, 2 pesetas.
Ecos de la vida. (TERCERA EDICIÓN). Un tomo, 4 pesetas.
La Prueba de indicios, seguida de *varios estudios jurídicos,* por D. F. Aquiles López Monedero. (SEGUNDA EDICIÓN). Un tomo, 4 pesetas.